

JESUCRISTO LLAMA, ENVIA Y ACOMPAÑA

IDENTIDAD CRISTOLOGICA DEL P. JOSÉ ANTONIO PLANCARTE Y
LABASTIDA.

LOS RASGOS DE LA FIGURA DE JESUCRISTO

Juan Esquerda Bifet

INTRODUCCION: Jesucristo da sentido a la existencia

I. JESUCRISTO LLAMA

1. *Elegido y llamado por Cristo*
2. *A la luz de la infancia y vida pública del Señor*
3. *Respuesta a la llamada de Cristo*
4. *Seguir a Cristo compartiendo su misma vida*
5. *Acompañar a Cristo en la pasión*
6. *La presencia de Cristo resucitado*
7. *Resumen de su vivencia cristológica*

II. JESUCRISTO ENVIA

1. *Los trazos cristológicos de su acción apostólica*
2. *Los trazos cristológicos de su predicación*
 - A) El misterio de la Encarnación y la Anunciación a María
 - B) El nacimiento en Belén y la presentación en el templo
 - C) El significado de la vida oculta en Nazaret
 - D) La vida pública del Señor
 - E) El envío de los Apóstoles
 - F) El sacrificio y sacramento de la Eucaristía
 - G) La redención por medio de la pasión, muerte y resurrección
 - H) El Corazón de Jesús y el Corazón de María
3. *Resumen de su docencia cristológica*

III. JESUCRISTO ACOMPAÑA

1. *La presencia de Cristo en los momentos de dolor del apóstol*
2. *El sentido cristológico-esposal de la vida consagrada*
 - A) Una llamada comprometida: seguir a Cristo Esposo
 - B) El sentido esposal de los votos
 - C) La consagración para la misión de salvar almas
 - D) Vida eucarística. Esposo de sangre
 - E) Compartir la vida con Cristo
 - F) Ser transparencia de Cristo Esposo
3. *Resumen del sentido cristológico de la vida consagrada*

LINEAS CONCLUSIVAS: Los trazos cristológicos más relevantes en la vivencia y enseñanzas del P. José Antonio

Cronología básica

Fotografías: su crucifijo, el cáliz de su primera Misa, la Virgen de Guadalupe, un texto manuscrito (oración de línea cristológica)

Nota bibliográfica

INTRODUCCION: Jesucristo da sentido a la existencia

El P. José Antonio Plancarte y Labastida era un enamorado de Jesucristo. Sólo el Señor podía dar sentido a su vida zarandeada por dificultades de todo género.

Quien lee su Diario o sus Ejercicios Espirituales, se encuentra ante una figura excepcional. En todas las páginas aparece con transparencia un sacerdote sincero y leal a la Iglesia, que agradece los dones recibidos y reconoce las propias limitaciones. Pero la clave se encuentra en su orientación cristológica: Cristo es el centro de su vida; nada ni nadie pasa por delante de esta preferencia asumida desde su primera juventud.

Y precisamente por ello, surge una pregunta espontáneamente: ¿cuáles son las líneas cristológicas en que se mueve el P. José Antonio? O dicho de otro modo, ¿cuáles son los rasgos del rostro de Cristo que este gran apóstol lleva impreso en su corazón?

No resulta fácil trasladar a una figura del pasado unas preocupaciones actuales. A nosotros nos preocupa teorizar, hacer una síntesis, poder presentar una "cristología" en plan técnico. A los que se decidieron a ser santos, les interesaba más vivir día a día la amistad con Cristo, en un proceso de imitación, de relación interpersonal y de transformación. Quizá convendría desprendernos un tanto de nuestros esquemas y comenzar a preguntarnos más por la "teología" de quienes han vivido el evangelio. Juan Pablo II, en la carta apostólica del inicio del tercer milenio ("Novo Millennio Ineunte", 2001) hace esta invitación: "Ante este misterio, además de la investigación teológica, podemos encontrar una ayuda eficaz en aquel patrimonio que es la «teología vivida» de los Santos" (NMI 27).

Los escritos del P. José Antonio son numerosos y muy ricos de contenido. No son explicaciones sistemáticas como suelen ser las de un profesor. El vivió su vocación, concretada en el seguimiento de Cristo, para anunciarle a los demás. Por esto, se sintió siempre llamado y amado, enviado y acompañado por Cristo. Con esta clave, es más fácil adentrarse en la lectura de su Diario, de sus Ejercicios (recibidos o dados), en sus sermones y discursos, en sus meditaciones y oraciones, sin olvidar su abundante correspondencia epistolar.

He de confesar, que, años atrás, me resultó más fácil resumir su vida releyendo sus datos biográficos desde su Diario ("Seguirán tus huellas"). No me resultó muy difícil, hacer otra relectura de su vida: desde sus 27 Ejercicios Espirituales ("Seguiré caminando por el desierto"). Poder escribir sucintamente estos dos libritos, me llevaron mucho tiempo de lectura y reflexión; pero, al fin y al cabo, se logró una síntesis más o menos aceptable.

Adentrarse ahora en la figura de Jesucristo, tal como la vivió y anunció el P. José Antonio, es equivalente a querer afrontar todo el cúmulo de sus escritos, para no dejarse ningún matiz. Pero me parece que, para ser fieles a esa figura sacerdotal, tan eminente, hay que dejarse impresionar por sus afirmaciones, sin esquematizarlas demasiado, ni convertirlas en

una teoría opinable que no satisfaría a ningún lector de los escritos plancartinos. No vale la pena prestarse a teorías que sólo alimentan las discusiones entre los técnicos.

Intento, pues, hacer una relectura de ese bosque de escritos, insinuando unas pinceladas, sin querer elaborar una cristología "moderna", que, ciertamente, no sería mejor que la teología vivencial de esas personas evangélicamente auténticas como fue el P. José Antonio Plancarte y Labastida.

Para mí, el punto de partida es su enamoramiento de Cristo, que aparece ya con ocasión de su ordenación sacerdotal (1865) (especialmente en sus Ejercicios desde 1863). Este enamoramiento dejará una huella imborrable en toda su vida sacerdotal, tanto en el ministerio apostólico como en la fundación de la Congregación de las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe. Por esto intentaré dividir el tema en tres apartados: *Cristo llama Cristo envía, Cristo acompaña*.

Es una *cristología vivencial y apostólica*, que contagió a miles de almas y que sigue contagiando sin cesar. En los escritos *aparecen expresamente las tres grandes líneas de una cristología clásica*: Jesús Hijo de Dios (verdadero Dios), Jesús verdadero hombre y hermano nuestro, Jesús Salvador (que quiere realizar la salvación por medio nuestro). Lógicamente de ahí se pasa a la Eucaristía y a la vida de gracia (o la salvación de las "almas"). El tema mariano entra espontáneamente, tanto en la perspectiva de la Encarnación (Anunciación), como en la de la Redención (la Dolorosa junto a la cruz).

Jesucristo, profundamente amado, es el objetivo de toda la vida espiritual, traducida en imitación de Cristo, seguimiento-relación y transformación en él. De ahí, el P. José Antonio, pasará a la actitud misionera de querer contagiar a otros esa vida en *Cristo, Redentor, enviado por el Padre, Maestro, Amigo, Esposo, Hijo de María...*, sin absolutizar ningún título, puesto que la persona de Jesús es siempre más allá de nuestras expresiones. Lo importante es decidirse a vivir la relación personal con Cristo, para imitarle y para amarle y hacerle amar.

Y al lector de esos textos preciosos le toca dar algún paso más personal y peculiar, pero yo le rogaría que no condicione a los futuros lectores, sino que les prepare para aprender a decir como Pablo: "No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gal 2,20). Todo el celo apostólico del P. José Antonio se podría reducir también a esta expresión paulina: "¡Hijos míos!, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros" (Gal 4,19).

Salir a flote de tantas borrascas como afrontó el P. José Antonio, sólo fue posible gracias a su corazón enamorado de Cristo. Nunca se sintió solo ni frustrado, sino *amado, llamado, enviado y acompañado*. De un corazón así, centrado en Cristo, muchas personas se sintieron y se sienten, todavía hoy, alentadas a amar a Cristo sin rebajas y a hacerle amar sin fronteras. Sus escritos siguen comunicando serenidad, capacidad de perdón y de reconciliación, ansias apostólicas y de perfección... El secreto es siempre el mismo: Jesús en la mente, en el corazón y en la vida... Una persona así, enamorada de

Cristo, sigue haciendo discípulos que, según la frase profética del Bto. Pío IX, quieran "seguir sus huellas"...

I. JESUCRISTO LLAMA

1. Elegido y llamado por Cristo

Al leer el Diario y los apuntes de Ejercicios del P. José Antonio, el lector puede constatar fácilmente su amor apasionado por Jesucristo. Son textos eminentemente cristológicos los que describen sus viajes a Tierra Santa (1862, 1877, 1882), especialmente al hablar de Belén, de Nazaret y del Calvario. Las meditaciones de los Ejercicios, principalmente cuando se refieren a la vida, pasión, muerte y resurrección del Señor, son otras tantas fuentes privilegiadas para constatar la vivencia cristológica del Siervo de Dios. Pero a esta suma ingente de escritos (Diario y Ejercicios) hay que añadir abundantes sermones, meditaciones, oraciones, etc, que llenan varios volúmenes.

El haber constatado su vocación desde su primera juventud y el haberse decidido a seguirla, es una actitud relacional con Cristo, como respuesta a la gracia de su llamada. Su proceso de discernimiento vocacional, especialmente en Roma (1862-1865), le dejará marcado con ese sello que es garantía de perseverancia y de generosidad. Se sintió llamado, elegido, amado por Cristo; su vida ya no tenía otro sentido que el de seguir al Señor compartiendo su misma vida de modo incondicional.

Esta actitud cristológica, de respuesta a la llamada, la contagiará a sus fieles (especialmente en la predicación), a sus discípulos y a su "congregantes" (religiosas). Al saberse amado por Cristo, le brota espontáneamente una actitud de humildad (gratitud) y de confianza, con las derivaciones consecuentes de quererle amar sin reservas (santidad, generosidad) y de hacerle amar por todos sin distinción. En todo, Cristo es Maestro, hermano, Redentor.

Hay una raíces cristianas familiares con las que hay que contar, especialmente por parte de su madre. En su Diario referente al final de sus estudios en Morelia (1854, cuando tenía 14 años), anota que nunca dejaba la Misa, describiendo brevemente su acción de gracias en la comunión. Es un detalle pequeño que indica una huella profunda.

Los años pasados en Oscott, Inglaterra (1856-1862), a juzgar por el Diario, son años de piedad práctica, con recepción frecuente de los sacramentos (confesión y comunión), visitas a la capilla (especialmente en Navidad), participación fervorosa en las funciones de Semana Santa, práctica de los Ejercicios Espirituales anuales (seis veces entre 1856 y 1862).

En el Diario de 1858 (cuando tenía 17 años) anota refiriéndose al Jueves Santo: "Casi toda la tarde y en la noche de 8,15 a 11,00 la pasé en el Monumento acompañando el Santísimo". El Viernes Santo (1858) pasó orando personalmente en la capilla desde las 7,15 hasta las 8,15 de la mañana, "y después de almorzar me fui al Monumento y estuve allí hasta las diez menos cuarto".

Esa misma piedad eucarística (en medio de los estudios, sanas diversiones, fiestas, etc.) aparece en los otros años pasados en Oscott. En el Diario de 1859 (cuando tenía 18 años)

anota que oía Misa diaria durante las vacaciones. Es, pues, una piedad eucarística que irá matizando su relación personal con Jesucristo. Su sentido de observación llega a describir el día de la clausura del Sínodo de los obispos de Inglaterra, diciendo: "Nunca había visto exposición del Santísimo más hermosa que ésta" (Diario del 23 de julio de 1859).

En carta del 19 de octubre de 1861, nos ofrece unos detalles de piedad eucarística notable:

"Mis ejercicios espirituales en el día son: de seis a siete de la mañana, Meditación y Misa. Visita al Santísimo después de comer... Todos los sábados me confieso y hago lo mismo en todas las fiestas de María Santísima y nuestro Señor" (Carta 19 octubre 1861).

Su despedida de Oscott (27 agosto 1862) tiene el sabor eucarístico y mariano que caracterizará toda su vida posterior:

"Este día por la mañana comulgué por la última vez en Oscott y le ofrecí a Dios por medio de su Madre Santísima, todo lo bueno que había hecho en los seis años que había estado en Oscott" (Diario de 1862).

Cuando aparecen las primeras señales de vocación sacerdotal, lo manifiesta con esta línea cristológica de seguir a una persona, Jesucristo. Así escribe a su hermano mayor, José María (que, al principio, se oponía a su vocación sacerdotal): "¡Qué felicidad tan grande es ser Ministro de Jesucristo y ofrecer su cuerpo y preciosa sangre!" (año 1862).

El viaje a Tierra Santa (1862, del 28 de septiembre al 26 de noviembre), con su tío Don Pelagio y su hermano Luís, le ofrecen ocasión para manifestar sus experiencias, como auténticas vivencias de su relación personal con Cristo. La Tierra Santa la describe así: "Donde Jesús, María y José vivieron".

Se nota en José Antonio una fuerte devoción mariana, siempre en relación con la devoción eucarística. En la casa de Nazaret recuerda el misterio de la Encarnación y participa en la Eucaristía:

"Tuve la dicha de comulgar en el altar de la Anunciación que está en el lugar donde estaba María Santísima cuando el Angel San Gabriel le anunció la Encarnación. Asistí a la Misa cantada" (Diario de 1862).

En la visita a la cueva de Belén describe una experiencia parecida:

"Me levanté cosa de las 6 y habiéndome reconciliado con Fr. Manuel, comulgué en el altar de la Natividad, arrodillado junto al Santo Pesebre ¡Qué felicidad! ¡Cuán bueno ha sido Dios para conmigo!" (Diario de 1862).

La descripción de su visita a Belén está llena de colorido, como de un buen observador, siempre en la línea de descubrir el "aquí" donde nació Jesús:

"Asistimos a la procesión cotidiana que se hace en aquel

santuario de Belén. La procesión fue muy solemne y el canto de los muchachos árabes era muy bonito, especialmente cuando llegamos al Pesebre y apuntando con el índice a la estrella de oro cantaron: «Hic natus est Jesus», dándole al *hic* un énfasis que conmueve el corazón más empedernido" (Diario de 1862).

Los distintos lugares de Palestina le recuerdan siempre al Señor, como el monte de la Transfiguración, describiendo la visita en actitud relacional y eucarística:

"Tuve la dicha de recibir a Jesucristo Sacramentado en el idéntico lugar donde se transfiguró en presencia de sus tres amados discípulos" (Diario de 1862).

Describe a Jerusalén con unas pinceladas cristocéntricas, como quien habla de un ser profundamente amado:

"¡Donde Jesús entró triunfante! ¡En la ciudad donde corrió la sangre del Hijo de Dios! ¡Donde cada piedra es un testigo de nuestra redención... La tierra que piso es testigo... de la Institución de la Eucaristía y de todos los padecimientos de Jesucristo" (Diario de 1862).

Como era de esperar, el Cenáculo le habla de la Eucaristía y de la misión, porque "de allí salieron los Apóstoles a predicar el Evangelio a todo el mundo".

La descripción de este viaje abarca también los lugares de la pasión, que parecen decirle continuamente: "¡Aquí! ¡en este mismo lugar! ¡por esta misma calle"; "y vimos el lugar donde cayó Nuestro Señor... vimos también el camino por donde llevaron a Nuestro Señor cuando lo prendieron":

"¡Qué puede haber más grato para un hombre que tiene fe, que el besar las piedras y regarlas de lágrimas, donde sabe que ellas fueron testigos de la sentencia, caída, crucifixión y muerte del Redentor!" (Diario de 1862).

A veces se detiene en detalles de tradición, como el de las huellas que dejó Jesús al subir a los cielos; pero lo importante es la lección cristológica: "mi labio toca la huella que imprimió su pie". Una afirmación general indica esta misma línea de intimidad con Cristo:

"Los sentimientos que agitan el corazón cuando uno se arrodilla y besa aquellos lugares que bebieron la Sangre Preciosa de Jesucristo" (Diario de 1862).

Al terminar el Diario del año 1862, señala los tres eventos más importantes de su vida:

"El Señor se compadeció de mí y me condujo insensiblemente por sus secretos caminos al fin que yo deseaba, es decir, me hizo conocer claramente que su divina voluntad era que yo le sirviera en el estado del sacerdocio... Mi viaje a Roma, mi resolución de continuar ahí mis estudios y la visita a los Santos Lugares son los eventos que han sellado mi porvenir" (Diario de 1862).

Durante sus breves estudios sacerdotales (teológicos) en

Roma (1862-1865), dentro de lo escueto de la descripción que hace en el Diario, no deja de anotar en 1863: "visitaba el Santísimo en la iglesia de las Sacramentarias". Esta costumbre de visitar al Señor sacramentado aparece continuamente en su Diario. Se traducirá en un propósito repetido en muchos Ejercicios Espirituales:

"Hacer diariamente una hora de Meditación, o media hora por lo menos... una visita de quince minutos... nunca me acostaré sin haber dicho el Rosario... decir e Angelus al levantarme, a mediodía y en la tarde" (Ejercicios, 1872).

Recordará siempre que su vocación era un don de Dios, que tenía que agradecerlo siempre con una entrega generosa:

"Yo entre todos mis discípulos fui el más indigno de ser llamado al apostolado; ni virtudes, ni talento, ni aplicación, ni estudios, ni nada. No quiero ni pensar en esto, y me consuelo con confesar que soy sacerdote por la pura misericordia de Dios" (Ejercicios, 1894).

2. A la luz de la infancia y vida pública del Señor

Es muy normal que, en los apuntes de los 27 Ejercicios Espirituales (de que queda constancia), celebrados entre 1857 (durante los estudios en Inglaterra) y 1897 (año anterior a su muerte), aparezca frecuentemente la figura de Jesucristo, especialmente al tratar de la infancia, vida pública, pasión y resurrección.

El misterio de la Encarnación incluye el de la redención: "Si Dios se humilló de tal manera, fuerza es que yo piense en humillar mi orgullo. Si la Virgen recibió aquel honor (de Madre de Dios) con tanta humildad y aún pavor, fuerza es que yo sea humilde y tema los honores, en lugar de ensoberbecerme y desearlos" (Ejercicios, 1863).

Al meditar sobre la Encarnación y la vida oculta de Nazaret, no puede menos de recordar la figura de María como ayuda y medio privilegiado para imitar a Cristo:

"-He aquí la esclava del Señor- ¡Qué humildad! ¡Cómo puedo yo ensoberbecerme?... ¡Qué felices somos los que hemos nacido después de la Redención. Tenemos en Jesús y María, modelos perfectos que imitar. ¡Que yo los aproveche haciéndome humilde!" (Ejercicios, 1888).

Toda su vida espiritual va en esta dirección de imitar a Cristo, siempre en relación íntima con él y dispuesto a hacer su voluntad:

"¡El Rey de la gloria nació en un establo abandonado!... María lo calentaba con su amor - yo lo enfrió con mi indiferencia" (Ejercicios, 1888).

La persona de Jesús cautivó siempre al P. José Antonio. Jesucristo es "la humildad misma" (Meditación n.36). Al resumir el nacimiento en Belén, escribe:

"Jesucristo nació dándonos ejemplo de humildad, de pobreza

y de penitencia... Yo debo imitar en estas tres virtudes a mi Señor" (Ejercicios, 1872).

Compara su vida a la vida del Señor y de María, para estimularse a pasar por encima de todo sacrificio: "¿Podré yo quejarme de los pocos que sufro?" (Ejercicios, 1894).

La presentación de Jesús en el templo le hace recordar su propia consagración total a Dios:

"No me consagré yo a Dios? Pues entonces no soy dueño de mí mismo, sino que soy enteramente de Dios... A Dios le he consagrado mi alma y mi cuerpo con sus potencias y sentidos, mi vida y mis bienes; pues entonces no puedo ni debo gastarlos sino en Dios, por Dios y para Dios" (Ejercicios, 1894).

La huida de la Sagrada Familia a Egipto le recuerda la virtud de la obediencia:

"¡Y yo soy sacerdote, imitador de Jesucristo! Recordaré esto cuando me manden cosas difíciles que me desagraden" (Ejercicios, 1894).

La vida oculta de Jesús en Nazaret, le recuerda "su mansedumbre" y "la sencillez"; consecuentemente, anota cómo debe corregirse él en el trato con los demás (Ejercicios, 1894):

"La mansedumbre... la sencillez... cuidaré mucho de no andar con dobleces y ser muy prudente para que mi franqueza característica no sea dolorosa ni ofensiva a nadie, o sea tan dulce como sea posible" (Ejercicios, 1894).

La meditación de la vida del Señor conlleva la imitación de esta misma vida como compromiso de santificación. La vida pública, Jesús "la empezó con un acto de humildad" (Ejercicios, 1894). La imitación de Jesús es el compromiso que el P. José Antonio se proponía siempre al comenzar los Ejercicios anuales:

"Aquí me tenéis de nuevo, ¡dulce Jesús mío!... pronto a escuchar tu divina voz... Como cristiano, tengo obligación de imitar a Jesucristo... Como sacerdote, mi fin es la gloria de Dios, el provecho del prójimo y mi propia santificación" (Ejercicios, 1878).

Las reflexiones espirituales durante su peregrinación a Tierra Santa (1883), junto con su sobrino el P. Francisco Plancarte y Navarrete, recién doctorado en Roma, están centradas en la persona de Jesús. Algunos matices de las Reglas para sus religiosas son fruto de sus meditaciones en los lugares santos, durante este viaje: Belén, Nazaret, Tabor, el Jordán, el Calvario, el santo sepulcro...

Una de sus oraciones habituales, recitada por él al iniciar el día, resume sus deseo permanente de imitar a Cristo:

"Jesucristo, Rey de gloria, vísteme con la olorosa vestidura de tus virtudes, a saber, de la humildad, paciencia, caridad y castidad, a fin de obtener la bendición del Padre Celestial. Amén" (Oraciones).

3. Respuesta a la llamada de Cristo

El P. José Antonio se sintió llamado por Cristo a la vida evangélica y sacerdotal, y se dejó conquistar por su amor:

"Cuando me vengan a la cabeza las dificultades y privaciones, que hay en el estado del Sacerdocio, recordaré que el sacerdote es un instrumento que sólo tiene vida cuanto está en manos de Dios, y de por sí, nada puede... conquistándole almas a Jesucristo... La Pasión de Cristo será mi coraza, su Palabra divina mi clarín, y sus promesas el laurel de mi victoria... Con la elección de los Apóstoles, desaparecieron las dificultades que mi vocación encontraba... Con las de la vida de Cristo, me vinieron grandes deseos de imitarlo en todo y un grandísimo deseo de despreciar las cosas de este mundo y negarme a mí mismo. La idea de vivir pobremente y hacer obras de caridad..., de entregarme enteramente a la voluntad de Cristo y poner los medios para hacerla, me hizo saltar de gusto todo el día y aún ver con gusto los pensamientos de encarcelamiento, martirio, etc." (Ejercicios, 1863)

El año de su ordenación sacerdotal (1865) practicó tres veces los Ejercicios Espirituales (para las órdenes menores y subdiaconado, para el diaconado y para el presbiterado). En ellos ratifica su respuesta generosa a la vocación. En el Diario de este año anota que al colocarse por las mañanas la sotana, procurará repetir con todo fervor: "Señor, tú eres mi herencia y la parte de mi cáliz" (Sal. 115). Este mismo propósito lo encontramos otras veces en los Ejercicios, como indicando que pertenecía totalmente a Cristo (cfr. Ejercicios, 1883).

El día de su primera Misa (13 de junio de 1865, en el altar de San Luís de la iglesia de San Ignacio) llevaba sobre su corazón un papel en el que había escrito una oración compuesta para este día, de gran contenido cristológico:

"Te pido ... que yo sea un buen sacerdote, que imite y estudie a mi Jesús; que diga la santa Misa con devoción; que me consagre todo entero al divino servicio; y que jamás, jamás, jamás, manche siquiera el solemne voto de castidad, que hoy renuevo poniendo mi cuerpo en la llaga del costado de mi Señor Jesucristo y en las purísimas manos de María Santísima" (Oración, 11 junio 1865).

En el Diario de este mismo año (1865) deja constancia de su unión con Cristo Sacerdote y Víctima, especialmente en el momento de la consagración eucarística durante su primera Misa:

"Pronunciadas las misteriosas palabras, quedó en mis indignas manos el Sacrosanto Cuerpo y Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y entonces... pedí con todo el corazón ser buen sacerdote o morir, ofrecí a Dios todo mi ser; y ofrecí aquella Hostia Inmaculada y todo lo bueno que he hecho y haré" (Diario de 1865).

Son los mismos sentimientos cristológicos que describe en su correspondencia epistolar:

"Esta mañana he ofrecido el Santo Sacrificio por la primera vez y juntamente con la Hostia Inmaculada me ofrecí al Eterno Padre, por toda la vida... Teniendo yo a Jesucristo en las manos, renové mis votos y súplicas" (Carta 13 junio 1865).

Se sentirá siempre feliz por esta llamada sacerdotal, a la que intentó responder siempre con toda generosidad. Su amor a Cristo, por participar en su sacerdocio, lo une al amor a María:

"¡Bendita sea María, a cuya devoción debo la sin igual dicha de haber ingresado al sacerdocio, y poder ofrecer el Santo Sacrificio de la Misa por mis difuntos padres" (Diario de 1865).

Este agradecimiento fue una constante durante toda su vida. Al finalizar el año 1872, anota en su Diario:

"Bendito sea el Señor por haberse dignado escogerme tan inmerecidamente para instrumento de tantas y tan grandes maravillas. Que yo sepa corresponder a tanto honor y gloria" (Diario, final de 1872).

Al empezar los Ejercicios Espirituales anuales, solía el P. José Antonio redactar una oración, casi siempre de contenido cristológico, La del año 1878 es una actitud de respuesta a la llamada divina:

"Aquí me tenéis de nuevo ¡dulce Jesús mío! retirado de los quehaceres y bullicio del mundo, pronto a escuchar tu divina voz... Que esta vez sean más duraderos mis propósitos" (Ejercicios, 1878, Hacienda de la Noria).

4. *Seguir a Cristo compartiendo su misma vida*

En todos estos textos se puede descubrir una línea básica: el seguimiento evangélico radical, hasta decidir vivir pobremente a imitación de Cristo. Es un seguimiento de amistad y relación interpersonal ("mi Salvador"):

"Viviré pobremente y no me quejaré de mi suerte, sufriré con gusto lo que Dios me mande, haré por imitar a Jesucristo mi Salvador" (Ejercicios, 1863).

Esta entrega la irá recordando y renovando durante toda su vida, en un sentido profundo de pertenencia total a Cristo:

"Me consagré a El, con los votos de Pobreza, Castidad y Obediencia. Pocos ha de haber que hayan recibido tanto beneficio como yo... qué vergüenza, qué ingratitud respecto a mis votos, aunque no los he quebrantado en materia grave"... Para poder ser fiel a esta decisión, se propone practicar un cuarto de hora de preparación y de acción de gracias de la Misa, y "visitaré al Santísimo todos los días" (Ejercicios, 1869, Seminario de Zamora).

El propósito de prepararse para la celebración eucarística y de recogerse después para dar gracias, se repite con frecuencia en los años sucesivos (cfr. Ejercicios, 1877, 1888).

Esta actitud de seguimiento radical de Cristo será la que le ayudará a renunciar a la canonjía que le ofrecieron en Zamora el año 1871. Su tío Don Pelagio aludió a esta actitud evangélica de perfección, al escribir al obispo de Zamora: "Yo no he podido menos que apoyar sus resoluciones de no aceptar ningún puesto que lo comprometa de algún modo optar por la paz de su alma, el espíritu de su vocación o el grado de mayor perfección a que aspira".

En reflexiones de años posteriores, recordará este propósito de renuncia a todo lo que no sea seguir a Cristo, sin dejarse llevar de ambiciones terrenas:

"Por este conocimiento de mí mismo, resolví nunca pretender ni aceptar ninguna dignidad eclesiástica; propósito que he cumplido fielmente, que ratifico y confirmo ahora en la presencia de Dios" (Ejercicios, 1894).

"Jamás he pretendido dignidades, y cuando me las han ofrecido, las he rehusado" (Carta 4 junio 1895). "Siempre me he considerado indigno de la Mitra, y por eso nunca la había pretendido" (Carta 26 agosto 1895). "La Mitra ni la merezco, ni la deseo, ni la acepto... Ya Dios me ha dado el premio, librándome de perder la fe y permitiendo que mi adhesión a la Sta. Iglesia Católica, Romana, sea más fuerte cada día" (Carta 8 enero 1898).

La decisión de seguir a Cristo, imitando su misma vida de entrega, se va repitiendo en todos los años de su vida sacerdotal:

"Los sacerdotes tenemos a Cristo por modelo, quien desde su nacimiento hasta su muerte les hizo cruda guerra a las riquezas, abrazando la suma pobreza" (Ejercicios, 1877).

La imitación de Cristo incluye la relación personal con él. Sin esta relación sería imposible la imitación:

"La santidad del sacerdote debe estar basada en la imitación de Jesucristo; ése es el modelo que hemos de estudiar e imitar en todas las ocasiones y circunstancias. Debemos tenerlo continuamente delante de los ojos y ver muy a menudo su sagrada imagen" (Ejercicios, 1877).

Se necesita corresponder al amor que Cristo nos ha manifestado. El ideal a que se aspira es el de la "perfecta unión con Jesucristo":

"Falta sólo nuestra correspondencia, para que haya perfecto amor y perfecta unión con Jesucristo; para que El esté en mí y yo en El" (Diario de 1882).

Las meditaciones de Ejercicios sobre el Rey temporal, que alista a sus vasallos para una conquista, le van a recordar durante toda su vida los compromisos evangélicos asumidos desde su preparación para ordenarse. En los Ejercicios de 1888 escribe:

"No tengo que escoger. Alistado estoy bajo juramento...

aún estoy luchando contra la sensualidad, me armaré de valor; estaré vigilante y con el ejemplo de mi Rey, triunfaré" (Ejercicios 1888).

Sus resoluciones van en esta línea de seguir a Cristo Rey y Redentor, concretando este seguimiento en actitudes de donación y de misión:

"¡Rey celestial y divino, amorosísimo Redentor mío! Aquí está pronto a seguirte aquel cobarde desertor que tantas veces se ha alistado en tu ejército, pero no ha luchado con constancia... Vengo, pues, a implorar tu clemencia y a pedirte valor, fuerza y constancia para reconquistar mis perdidos laureles... para que por ellos me des la recompensa de amarte y poseerte eternamente. Amén" (Ejercicios, 1888).

Meditar sobre Cristo Rey, le estimulaba a continuar en el seguimiento e imitación del Señor:

"Me alisté para pelear contra el mundo, el demonio y la carne y juré vencerlos. Aparentemente los he vencido; así lo creen las gentes; pero mi conciencia me dice que no pocas veces ellos me han vencido a mí... Debo imitar a mi Señor Jesucristo... a eso me he comprometido siendo sacerdote del Altísimo. Debo tenerlo siempre presente en mis trabajos, en mis humillaciones, en la caridad para con el prójimo, en el amor santo a los niños, en la indulgencia y en el perdón" (Ejercicios, 1894).

Son parecidas las resoluciones tomadas en la meditación sobre las dos banderas. Siempre se trata de seguir a Cristo de modo incondicional, ayudado de María:

"Yo sí quiero, lo deseo ardientemente, seguir a Cristo. Conozco mi flaqueza, pero hallaré apoyo en María Santísima. A ti me vuelvo, oh duce Madre... obténme la suma pobreza espiritual, para que desprendiéndome de las cosas del mundo, me haga apto para seguirlo de veras e ir obteniendo las demás virtudes" (Ejercicios, 1888).

Estas mismas reflexiones (sobre las dos banderas) le estimulan a seguir a Cristo con el corazón despegado de todo:

"Yo que manejo tantos intereses pecuniarios, debo guardarme mucho, de tenerles afecto y apego, de que Dios hasta hoy me ha librado, pues los veo como ajenos, y sólo los cuido para hacer el bien" (Ejercicios, 1894). "Ya que he abrazado el sacerdocio, debo negarme a mí mismo, tomar mi cruz y seguir a Cristo" (ibídem).

Su actitud de seguimiento de Cristo, será la que cuajará más en sus discípulos, según la predicción de Pío IX, en carta del 28 de febrero de 1877, después de haberle presentado a los estudiantes mexicanos enviados por él al Colegio Pío Latino: "Los he abrazado con amor paternal... esperamos que algún día, sólidamente instruidos en la santa doctrina, volverán a su Patria y seguirán tus huellas, trabajando con igual ardor y fruto en la salvación de las almas" (Diario de 1877).

La oración a San Felipe de Jesús resume su actitud

habitual de unión con Cristo en la Eucaristía:

"¡Felipito Santo! Alcánzame de Dios la santidad que debo tener para ser templo vivo de expiación de mis innumerables pecados. ¡Para que en mi corazón se funde la adoración perpetua de Jesús Sacramentado!" (Oración a San Felipe de Jesús).

5. *Acompañar a Cristo en la pasión*

El seguimiento y la imitación de Cristo comportan el correr su misma suerte de abnegación:

"Para aliviar lo que Jesús y María sufrieron por mí en el Calvario, procuraré imitarlos y seguir su divino ejemplo. De hoy en adelante procuraré irme quitando el amor a las cosas de este mundo y cobraré amor a la pobreza" (Ejercicios, 1863).

Al meditar la pasión y muerte del Señor, crecen los deseos de imitarle y de acompañarlo como la Santísima Virgen junto a la cruz. La celebración del sacrificio redentor en la Eucaristía será una ayuda eficaz para perseverar en este amor:

"Concédeme ¡oh divino y amadísimo Jesús! que yo sea fiel imitador tuyo en este mundo... Yo deseo y estoy resuelto a ser Ministro tuyo y de tu Iglesia, porque creo que es ésta tu voluntad... No permitáis ¡oh Divino Salvador mío! que yo deshonre tu Santo Ministerio, te lo suplico, te lo ruego, te lo pido por vuestras cinco llagas santísimas y por el amor de aquella Madre bendita que te acompañó en tu última agonía. Quiero más bien perder la vida, que acercarme a ofrecer tu preciosísima sangre con manos sacrílegas" (Ejercicios, 1863).

Le impresiona ver a Jesús dedicado tanto a las horas de oración como a las de predicación y acción apostólica. Pero especialmente queda impresionado por la oración de Jesús en su agonía de Getsemaní. Es entonces cuando escribe: "Desgraciado seré el día que pase sin media hora de meditación" (Ejercicios, 1872).

Precisamente los propósitos de Ejercicios, que son fruto de meditar la vida y pasión del Señor, los llevará consigo en los viajes a Tierra Santa, colocándolos en el altar donde celebre el sacrificio de la Misa (cfr. Ejercicios 1877).

La referencia a la pasión del Señor le ayuda a equilibrar el santo temor de Dios con una profunda confianza. Al recordar las penas del infierno, dice: "¡Oh dulce Jesús mío! no me permitas que en mí se pierda el fruto de tu preciosa sangre" (Ejercicios, 1878). De modo parecido dice en los Ejercicios de 1888: "Mi afianzo de tu ensangrentada cruz y confío que ella será la áncora de mi salvación".

La luz de la pasión del Señor ilumina todas sus pruebas, entre las cuales destacan las del año 1882 (destitución de cura de Jacona, etc.). Escribe en su Diario al finalizar este año:

"Así terminó el año de 1882, que indudablemente formará

época en mi vida, como el más turbulento de mi existencia. Ahorita aparece como el hecho mortuorio de todas mis tareas y sacrificios, pero estoy seguro de que Dios todo lo ha permitido así, para su mayor gloria y bien de mi alma" Diario de 1882).

Las meditaciones sobre Getsemaní y el Calvario, con María al pie de la cruz, dejaron huellas imborrables en su corazón, decidido a seguir a Cristo por encima de todo:

"Amorosísimo Jesús mío!... Tuyo soy, todo tuyo, y nada más que tuyo, y así quiero permanecer hasta el último instante de mi vida, para que tú sean mío por toda la eternidad. Amén... María es mi Madre y me ayudará a salvarme. Me entrego a tus brazos, Madre mía, sálvame. En ti espero guardar bien mis propósitos" (Ejercicios, 1888).

El tema del amor y dolor de Cristo queda resumido en la expresión tradicional "preciosísima sangre" de Cristo (cfr. Ejercicios, 1869). Hemos visto ya algunas afirmaciones. El tema de la "sangre", como vida donada en sacrificio, es como la manifestación máxima del fruto de la redención:

"Ecce homo! He aquí al hombre pecador, al sacerdote indigno, al favorecido ingrato. Lávalo de nuevo con la preciosa sangre que corre de tus espaldas; quítale la sensualidad e infúndele el espíritu de penitencia para que siempre viva mortificado en sus pasiones y casto en sus acciones" (Ejercicios, 1888)

Los detalles de la crucifixión quedaron siempre impresos en el corazón del P. José Antonio. Meditando en ello, ratificó su deseo de seguir a Cristo por el camino de la pobreza evangélica:

"¿Qué hombre ha muerto más pobre que vos?... Tu único tesoro era aquella preciosa túnica que te tejieron las divinas manos de tu Madre Purísima; hasta ésa te la quitaron" (Ejercicios, 1863).

Los propósitos más importantes los esconderá en el Corazón de Cristo Redentor, muerto en cruz:

"¡Señor! tú me los has inspirado; en ti espero hallar la gracia, fuerza y constancia para cumplirlos. Los coloco en la llaga de tu Santísimo Costado, lugar donde siempre me colocaba mi amada madre (q.e.p.d.) y del cual no quiero salir hasta no juntarme con ella en el cielo para amarte y bendecirte eternamente. Amén" (Ejercicios, 1888)

No anteponer nada al amor de Cristo, equivale, para el P. José Antonio, dejarse conquistar por el amor del Señor clavado en cruz. Glosando el soneto atribuido a San Francisco Javier y a Santa Teresa, dice: "No me mueve, mi Dios para quererte, el cielo que me tienes prometido. Muéveme el verte en una cruz por mí" (Ejercicios, 1888). Mirar a Cristo ayuda a vivir una actitud de confianza como la de Juan Evangelista:

"¡Oh Señor! Concédeme, siquiera, que en el tumulto de mis agitaciones interiores no os pierda nunca de vista. ¡Oh, Astro de Salud! y que pueda algún día descansar como Juan,

sobre vuestro seno" (Carta 5 octubre 1884).

La señal más concreta de este amor será una vida de pobreza: "Desde que nació hasta que murió practicó la pobreza en sumo grado" (Ejercicios, 1894). Por esto, uno de los temas predilectos de sus meditaciones sería la pasión de Cristo: "Ser muy devoto de la Pasión de N.S. Jesucristo... La Pasión la hemos de meditar con lágrimas de arrepentimiento... Procuraré intercalar algunas meditaciones de la pasión durante el año" (Ejercicios, 1894). A su amor de totalidad hay que responder con el mismo amor: "Hizo (Jesucristo) el sacrificio de los sacrificios entregándose a la muerte más cruel e ignominiosa" (Ejercicios, 1888).

Su amor a Cristo crucificado se haría carne viva en su propia vida. El éxito de la coronación de la Virgen de Guadalupe (12 de octubre de 1895), fue, al mismo tiempo, la participación en la corona de Cristo y en los dolores de María al pie de la cruz. En una carta suya del 15 de noviembre del mismo año (1895), un mes después de la coronación, manifestaba sus sentimientos más íntimos: "Ni la Coronación puede ver... Aún no ciño la mitra y ya la siento como corona de espinas".

6. *La presencia de Cristo resucitado*

Los contenidos de la resurrección del Señor se resumen en manifestar su divinidad y fundamentar nuestra esperanza. Al tomar nota sobre la resurrección, afirma:

"Un Dogma consolador, fundamento y prueba de la Divinidad de Jesucristo; esperanza de nuestra resurrección. El gozo y la alegría que sintieron los Apóstoles y las piadosas mujeres al ver resucitado a su Maestro, debemos sentirlo nosotros al meditar este misterio" (Ejercicios, 1894).

Aunque los temas de Ejercicios, que solían explicarse en aquella época, se centraban más en los novísimos y en la vida y pasión del Señor, el P. José Antonio, no dejaba de anotar la realidad de Cristo glorioso que nos acompaña y que espera en el cielo:

"Allá está Jesucristo nuestro Padre, autor de toda felicidad, y en compañía de El y de los Santos seremos felices eternamente" (Ejercicios, 1878).

La meditación sobre Cristo resucitado afianza en el gozo de la entrega a su persona y de la imitación de sus virtudes:

"De la Resurrección del Señor, hemos de sacar grande alegría y gozo espiritual... ¡Imitemos a Cristo para resucitar con El!" (Ejercicios, 1963).

"Así como Jesucristo se levantó del sepulcro, glorioso, triunfante e inmortal, así yo debo salir de estos Ejercicios: glorioso por haber hecho las paces con Dios; triunfante sobre mis pasiones..., e inmortal, es decir, firme en mis propósitos y resuelto a morir antes que a quebrantarlos; así lo prometo y espero, confiado en la ayuda de Dios" (Ejercicios, 1894).

Alguna vez recuerda la aparición de Jesús resucitado a su Madre, lo mismo que había recordado la presencia de María al pie de la cruz. De estas realidades de gracia aprende a profundizar en la práctica de la devoción mariana:

"El amor a la Santísima Virgen es la prenda más segura de nuestra redención y resurrección espiritual... Aumentaré, pues, mi amor y devoción hacia ella; y si las obras de la Colegiata son de su agrado, le pido la gracia de guardar mis propósitos y de triunfar sobre mi pasión dominante. ¡Madre mía, no desampares a tu hijo Antonio" (Ejercicios, 1894).

7. Resumen de su vivencia cristológica

Los temas cristológicos básicos (Cristo Dios, hombre y Salvador) aparecen en toda la vida y escritos del P. José Antonio. Cristo es el Verbo Encarnado y Redentor, Rey del universo. En la humanidad de Cristo se transparenta su divinidad.

Expone y vive el tema cristológico a la luz del evangelio, meditado en Ejercicios y en Tierra Santa, como respuesta a una llamada que da sentido a la propia vida. El evangelio lo medita como palabra de Dios, en contacto con la realidad personal, histórica y social. Tiene una fuerte línea eucarística y mariana.

Sobresale un Jesús que ama y sufre. Ahora está presente entre nosotros. Es el Salvador y se puede tener experiencia de su misericordia y bondad. Pero hay que entrar en la interioridad de Cristo, en su Corazón. Se quiere meditar toda la vida de Jesús, vivida como si acaeciera ahora. Toma como clave la vida oculta de Jesús en Nazaret, su pobreza y caridad, su pasión, su sangre redentora y su resurrección. Las virtudes de Jesús son especialmente: caridad, mansedumbre, sencillez, humildad, obediencia, pobreza.

La vivencia cristológica del P. José Antonio se concreta en relación íntima con Cristo, unión, amistad, imitación, transformación (representación), fidelidad, generosidad. Es el compromiso de santificarse, con la presencia y ayuda de María. Por esto es fiel a la meditación diaria y a la visita diaria al Santísimo. Ha sido cautivado por Cristo y le quiere transparentar en la propia vida con una entrega total como respuesta. Adopta una opción fundamental por Cristo, sin retractarse, como seguimiento definitivo, para compartir su misma vida. Su vida sacerdotal quiere ser un instrumento vivo de Cristo Sacerdote.

Sobresale una convicción profunda: el amor que Cristo le ha tenido, hasta llamarle para ser su representante por el sacerdocio ministerial. Este amor lo encontraba especialmente en el servicio eucarístico y eclesial: "Tú tan bueno para conmigo... Me hiciste dueño de tu cuerpo real (eucarístico) y de tu cuerpo místico" (Ejercicios, 1888). Se mueve en la perspectiva de no anteponer nada al amor de Cristo

Por este amor de Cristo y a Cristo, se hizo servidor de

todos, en una perspectiva de esperanza, sin esperar otro premio que el de poder servir y amar al Señor. Así lo manifestó especialmente al tener que afrontar el problema espinoso de la oposición a la coronación de la Virgen de Guadalupe y de la toma de posesión como Abad de la Colegiata (8 de octubre de 1895).

El lema que había escogido para su escudo abacial y episcopal era: "Congregavit nos in unum Christi amor"... (el amor de Cristo nos ha congregado en la unidad). A sus hermanos, los canónigos de la Colegiata, les ruega humildemente, considerándose el último de los "servidores en Cristo", que colaboren en el esfuerzo común por conseguir la unidad:

"He obrado siempre y en todo por mandato de mis Ilustrísimos Prelados que han sido también vuestros... Humildemente os pido y ruego por las entrañas de Jesucristo y por esa milagrosa Imagen que nos escucha, tengáis piedad de mí, roguéis por mí os dignéis aceptarme en vuestro corazón, no como vuestro superior, sino como el último de vuestros compañeros, el más indigno de vuestros hermanos, el ínfimo de vuestros servidores en Cristo" (Toma de posesión como Abad de la Colegiata, 8 octubre 1895).

II. JESUCRISTO ENVIA

1. *Los trazos cristológicos de su acción apostólica*

Jesús llama para compartir su misma vida y misión. Por el hecho de llamar a "estar con él", llama también a "evangelizar" (cfr. Mc 3,14). En el primer capítulo de este estudio, hemos presentado la figura de Jesucristo, tal como la vive el P. José Antonio, desde la perspectiva de la vocación y del seguimiento. Ahora intentaremos adentrarnos en su vivencia cristológica de la misión.

Los mismos escritos que hemos citado anteriormente (Ejercicios, Diario, etc.) ofrecen datos abundantes para nuestro tema. Pero habremos de captar también los trazos de la figura de Cristo, tal como queda descrita en sermones, meditaciones, oraciones, etc.

El celo apostólico del P. José Antonio es muy conocido, especialmente por sus obras apostólicas: parroquia, misiones populares, colegios, fundación de las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe, Colegiata de Guadalupe, Templo expiatorio... En sus Ejercicios anuales y en el examen de cada final de año, revisa con atención su ministerio para ratificar decisiones tomadas para anunciar a Cristo y hacerle amar.

El celo de almas está relacionado con su vocación sacerdotal. De hecho, en su primer viaje a Tierra Santa (1862), al visitar el Cenáculo, no sólo habla de la Eucaristía, sino que afirma: "de allí salieron los Apóstoles a predicar el Evangelio a todo el mundo" (Diario de 1862).

Una vez iniciados los estudios teológicos, en vistas a su ordenación sacerdotal, va constatando que el apostolado sacerdotal consiste en ser instrumento de Cristo, puesto que "sus ministros sólo son instrumentos" (Ejercicios 1863, Roma).

A la par del deseo de santidad, todavía joven seminarista, manifiesta su decisión de salvar almas:

"¡Divino Maestro! Tú que desde el cielo estás viendo el interior de mi corazón, sabes muy bien que mi única ambición en el abrazar el sacerdocio, es el deseo de vivir santamente... Tú me diste esa mira y deseo... mi mayor complacencia ha sido el imaginarme entregado todo a tu servicio y a la salvación de las almas" (Ejercicios, 1863).

Jesús Maestro es modelo de santidad evangélica y de dedicación apostólica. En Cristo se inspira el P. José Antonio para intuir cuál será su labor pastoral:

"Mis jardines, siempre han sido, el imaginarme en mi Patria, viviendo pobremente y empleando mi herencia en socorrer a los pobres, predicando, dando ejercicios, catequizando y gastando en fin los días y noches en tu santo servicio; mi mayor deseo ha sido siempre, el ser digno de tu altar y padre verdadero del Pueblo que pongas en mis manos; honores y riquezas no he deseado! (Ejercicios, 1863).

Lo que él deseaba antes de su ordenación, a la luz de Cristo Maestro, se cumplió en realidad. Llegó como sacerdote a Zamora cuando tenía 25 años. Desde el inicio de enero de 1866 comienza su labor sacerdotal entre Zamora y Jacona, por encargo de su obispo, D. José Antonio de la Peña y Navarro. En su Diario (desde 1866) aparecen los diversos campos de apostolado: predicación, confesonario, Ejercicios espirituales, celebraciones litúrgicas, celebraciones multitudinarias del mes de mayo... Fue nombrado párroco de Jacona en mayo de 1867. La labor parroquial durante 15 años (hasta 1882) abarcó todos los campos de la pastoral, colaborando, por indicación de su obispo, en misiones populares por diversas parroquias de la diócesis.

La Congregación de Hijas de María (desde 1871), fue un grupo de mujeres generosas que le ayudaron en sus empresas apostólicas; el reglamento de 1877 ya describe el grupo como almas consagradas; las primeras hermanas emitieron sus votos en 1877. El P. José Antonio se expresa con estas palabras: "quedó fundada mi deseada Congregación" (Diario de 1877). En 1885, la Congregación recibió el nombre de: Hijas de María Inmaculada de Guadalupe.

Esa labor no disminuyó una vez dejó el curato de Jacona, sino que se multiplicó con la atención a los Colegios encomendados, las misiones populares, la acción pastoral en el Templo Expiatorio y la Colegiata de la Virgen de Guadalupe. El P. José Antonio no se sintió nunca solo, sino enviado por Cristo y acompañado por él. La misión no era una técnica por llevar a término, sino la misma obra de Cristo.

Aunque todos los ministerios van dirigidos preferentemente a la caridad hacia los más pobres o necesitados, hay un gesto profético en los momentos iniciales de la acción pastoral del P. José Antonio. Vale la pena recordarlo e incluso compararlo con el gesto de San Francisco, de besar las llagas de un leproso. Desde entonces, a Cristo le encuentra más en los hermanos más necesitados. Oigamos cómo nos lo cuenta él mismo:

"Me deparó Dio el acto de mayor abnegación en mi ministerio, pues en ayunas y cosa de la una de la tarde, me hicieron ir a la inmundada cárcel, y en ayunas confesar un lazarinero que yacía en un charco de podre y materia, ya muriéndose. Dios me dio fuerza, lo hice gustoso" (Diario de 1866; ver redacción más detallada de este hecho en Ejercicios a la Congregación, 1897)).

Cuando asume la tarea de cura párroco de Jacona, se considera "pastor" y servidor, sin buscar sus propios intereses. El mismo describe su actitud interna con estas palabras:

"Abracé mi cruz, la besé y resolví consagrarme a la felicidad de este pueblo, que tan bien había acogido mi predicación" (Diario, 30 de mayo de 1867).

Cuando reestructuró el edificio parroquial, el acto más importante para él fue la colocación de la Eucaristía en el Sagrario ("Nuestro Amo"), después de la celebración eucarística:

"Día de Corpus, fue la colocación de Nuestro Amo en la Parroquia. Bendito sea Dios que me concedió ver concluida

y estrenar la Parroquia" (Diario, 18 de mayo de 1872).

Su misión apostólica tenía que imitar la misma disponibilidad de Cristo, manifestada al perderse en el templo. Comenta la respuesta de Jesús a sus padres ("¿no sabíais que me había de ocupar en las cosas de mi Padre?"), con estas palabras:

"Con esto nos enseña Jesús que cuando se trata de la gloria de Dios, no hay que hacer caso de nada, ni de nadie que se oponga" (Ejercicios, 1872).

También a imitación de Cristo, se sentirá cercano de la gente, de su pueblo, incluso en las expresiones de piedad popular:

"El que yo sea sacerdote no es razón para que me abstenga de las pequeñas prácticas de devoción del pueblo... teniendo que dar buen ejemplo al pueblo" (Ejercicios, 1872).

Dar testimonio es algo inherente a la acción apostólica. Por esto, la misma vida oculta de Jesús en Nazaret forma parte de su misión:

"¿Con este ejemplo, qué deberé hacer yo, Ministro de Dios, dispensador de la palabra divina?" (Ejercicios, 1872).

Al describir la vida pública del Señor, destaca el valor de la humildad y de la oración, a pesar de las ocupaciones pastorales: "Cuando yo emprenda cualquier obra, bueno será que imite a mi Señor, puesto que El hizo todo esto para enseñarme" (Ejercicios, 1872). Saca como conclusión: "Debo, por consiguiente, sentir en el corazón y practicar lo que predique, para poder recoger algún fruto" (ibídem).

El trato de Jesús con las personas que aparecen en el evangelio, es el modelo a seguir, tanto en cuanto a una acción sin fronteras, como en cuanto a la cercanía a todo género de personas:

"Que yo ministro suyo lo siga... Jesús predica en todas partes... Su objeto es la conversión de las almas y la gloria de su Padre. Si yo busco en la Predicación la conversión de las almas y la gloria de Dios, y no mi propia gratificación, claro está que con igual gusto predicaré delante de uno, que de mil, del pobre y del rico, del docto y del ignorante" (Ejercicios, 1872).

La misión del anuncio y de la predicación, lleva necesariamente al servicio litúrgico y sacramental. Es siempre Cristo quien da sentido a la vida ministerial:

"¡A mi voz Dios baja al altar!... Mis manos perdonan los pecados, tocan a Cristo, bautizan" (Ejercicios, 1877).

No pierde de vista el objetivo principal: salvar almas, es decir, hacer que los seres humanos, con toda su integridad, participen en la vida divina y en los planes salvíficos de Dios, según el mensaje evangélico. Por esto, afirma:

"La salvación de las almas, es mi misión, mi último fin

como sacerdote y párroco" (Ejercicios, 1877). "Salvar almas es mi única misión" (ibídem).

En medio de sus numerosas ocupaciones, no olvida prestar una atención especial a sus hijas espirituales y a sus obras apostólicas:

"Te ofrezco, Señor, y consagro establecimientos y cuanto en ellos si hiciere... consagrándote de una manera especial a aquellas que intentan consagrarse a tu divino servicio... Se establezca, crezca y se multiplique nuestra hermandad para beneficio de los pobres e instrucción religiosa de los ignorantes" (Ejercicios, 1877).

En todo este complejo de actividades, el P. José Antonio va orientando su vida hacia las actitudes de Cristo enviado del Padre:

"Su celo por la salvación de las almas... Con igual objetivo me hice yo sacerdote, y debo cumplir mi misión, siguiendo el ejemplo de mi Divino Maestro" (Ejercicios, 1894).

Le impresionó siempre el modo cómo Jesús confió a los Apóstoles su misma misión. Él se siente indigno y con pocas capacidades, pero confiado en la presencia del Señor:

"Les confió (Jesús a los Apóstoles) la salvación de las almas. Mayor tesoro no podía confiarles. ¿Y a mí, cuántas almas me ha confiado? Las principales son las de las congregantes y huérfanas. ¿He trabajado mucho por salvarlas? Todos dirían que sí, pero mi conciencia me dice que no; que aún me falta mucho que hacer y perfeccionar" (Ejercicios 1894).

Dedicarse plenamente a las obras apostólicas, comportaba una revisión constante de vida, a la luz de la persona de Jesús, manso y humilde. Por esto, escribe:

"Seguiré mi costumbre de besar el suelo antes de predicar en las grandes funciones, como lo he hecho hasta hoy" (Ejercicios, 1894).

Los últimos años de su vida quedaron marcados por una intensa actividad apostólica, que él iba revisando continuamente, especialmente en los Ejercicios, en los días de retiro mensual (día 13 de cada mes, recordando su primera Misa) y al final de año. En el Templo Expiatorio todavía predicó el sermón de las siete palabras durante el Jueves Santo de 1898, último de su vida. Sintiendo unido a Cristo en sus últimas palabras ("todo está consumado") y confiando en la presencia de María junto a su cruz, afirma:

"Yo todavía no puedo decirlo, no; no está todo consumado: ese culto a la Santísima Virgen de Guadalupe todavía es muy material, *todavía no es lo que deseo...* Las obras a mí confiadas, no están terminadas aún. En este templo expiatorio, Señor, apenas comienzan a rendirte culto... Estas mis hijas están todavía muy débiles... *todavía me falta mucho* para poder decir: Todo está consumado".

El P. José Antonio dedicó su vida a prolongar la palabra de Cristo (por la predicación y la catequesis), hacer presente su sacrificio redentor (en la celebración Eucarística), comunicar los signos salvíficos establecidos por el Señor (sacramentos), acercarse a todos, especialmente a los más necesitados a ejemplo de Cristo Buen Pastor.

2. Los trazos cristológicos de su predicación

El tema preferencial de los sermones era eminentemente cristológico, puesto que giraba en torno a los textos evangélicos, haciendo hincapié en la Eucaristía y en la Pasión del Señor. El P. José Antonio hacía aplicaciones prácticas y pastorales. Al inicio de su ministerio en Jacona deja constancia de la línea cristológica de su predicación:

"Los sermones que prediqué fueron sobre la Institución (de la Eucaristía) y la Pasión del Señor" (Diario de 1866).

Es impresionante poder seguir, a veces día a día, la reflexiones sobre fragmentos evangélicos. Ordinariamente estas reflexiones son con ocasión de algún sermón, alguna meditación o alguna conferencia especial. En su predicación se vislumbra la figura de Jesús que continúa hablando al corazón, como afirma Juan Pablo II: "Después de dos mil años de estos acontecimientos, la Iglesia los vive como si hubieran sucedido hoy. En el rostro de Cristo ella, su Esposa, contempla su tesoro y su alegría" (*Novo Millennio Inneunte*, n.28).

El modo de comentar el evangelio no es, ordinariamente, en línea de exégesis, sino con la intención de llegar al corazón y llamar a un cambio de vida. Para ello, parafrasea la perícopa evangélica, como para adentrarse en el sentido literal, y pasar luego a las aplicaciones morales y pastorales. La parábola del buen samaritano la presenta así:

"El samaritano representa el Señor Jesucristo, que bajó del cielo a redimirnos; el agua con que lavó las heridas, su preciosa sangre, el bálsamo con que lo curó, la caridad; y las vendas, los preciosos lazos con que nos une a la religión" (*Ejercicios a las Congregantes*, 1891, Meditación 183).

Se nos han conservado sermones prácticamente completos, mientras que otros son esquemas para tenerlos a la vista. No obstante, hay que tener en cuenta que algunos textos son propiamente notas personales del oyente (como en algunos Ejercicios dirigidos a sus religiosas). Entonces prevalecen las preferencias de quien ha tomado esas notas. De todos modos, siempre es la figura de Jesús que interpela llamando a un cambio de vida. "Su misión principal fue la de perdonar" (Meditación 124).

Se podría hacer un trabajo, minucioso y muy útil, anotando todos los textos evangélicos que han sido comentados por el P. José Antonio durante toda su vida sacerdotal, señalando, como es lógico, el lugar de sus escritos donde se encuentra este comentario. La persona de Jesús es siempre central, puesto que a él se alude continuamente. Las exigencias de moral o de vida espiritual no son exigencias simplemente éticas, sino urgencias

que provienen del amor de Cristo y a Cristo.

Al denunciar una realidad de pecado, lo hacía con una orientación profundamente cristológica:

"El ángel pecó contra Dios Creador, y nosotros contra Dios Redentor; por ellos nadie derramó sangre, y por nosotros todo un Dios derramó cuanto tenía; el Padre Eterno dio con gusto a un Unigénito sólo por nosotros" (Ejercicios a las Congregantes, 1896).

El tono que se constata es siempre de línea evangélica: anunciar a Cristo, Dios hecho hombre, Salvador, para vivir su misma vida. Por esto, si se tienen en cuenta la fechas de los textos (sermones, Ejercicios, etc.), no se percibe el eco de las grandes dificultades que tuvo que afrontar el P. José Antonio. Cuando exponía el evangelio, se olvidaba de sí mismo.

A) El misterio de la Encarnación y la Anunciación a María

Los contenidos del misterio de la Encarnación del Verbo aparecen de modo descriptivo, puesto que se trata de sermones o meditaciones y no de clases sistemáticas. Es una descripción dinámica y vivencial, donde en pocas palabras se indica el misterio trinitario, también en relación con María. El "sí" de la Virgen indica la colaboración humana a la obra de la redención:

"Para poder hacerse hombre tuvo que encarnar... ¡Cómo estaría el Eterno Padre atento a la contestación de la Sma. Virgen, el Hijo, esperando un «sí», para precipitarse en las entrañas de María; el Espíritu Santo lleno de amor por aquélla que iba a ser su esposa" (Sermón en la fiesta de la Encarnación, 1894).

La descripción es muy tierna y familiar, sin disminuir nada de la divinidad y de la humanidad de Jesús. El misterio de la Encarnación del Hijo de Dios fundamenta la santidad de María Inmaculada:

"El Eterno Padre... fija su paternal mirada en aquella hermosa niña que ha de dar a luz al Redentor del mundo. El Hijo, arrebatado de un entusiasmo divino, se adelanta a conocer a la Virgen sin mancha que ha de ser su Madre" (Sermón, Jacona, 1867, Natividad de la Virgen).

La dimensión mariana, como acabamos de ver, sirve siempre para resaltar la dimensión cristológica. Los gracias recibidas por María son fruto del amor de su Hijo Redentor:

"Qué argumento más fuerte puede darse del amor de Cristo a la Virgen, que el haberla escogido por Madre?... La eligió, pero le pidió licencia, para así quedarle obligado" (Sermón, templo de la Encarnación, México, 1885).

Esta relación entre Cristo y María llega al punto de unir las dos vidas en una, salvando la diferencia. La cooperación de María a la redención equivale a su unión con Cristo Redentor, que la acompaña en todo momento:

"Llegó el momento de la Encarnación... El Hijo estaba esperando el momento de ir al seno de aquella Madre escogida por El mismo... Desde entonces ya no fue María sola la que se preparaba para la Redención por medio del sacrificio, sino Ella y el Hijo de Dios que llevaba en su vientre" (Ejercicios a las Congregantes, 1896).

Al recordar el misterio de la Encarnación redentora, queda patente por qué Dios quiso encarnarse. Su omnipotencia podía haber anulado el pecado, pero, si quería una satisfacción o reparación plena, solamente Dios hecho hombre podría realizarla. De ahí deriva también la importancia de nuestra colaboración dolorosa en la salvación de las almas:

"Composición de lugar: Dios haciéndose hombre para poder morir y redimirnos... ni El mismo con su omnipotencia, pudo salvar al hombre sin padecer... Si Cristo pasó por cuantas penas hay y por fin expiró abandonado... Uds. quieren ayudar a Cristo sin molestarse para nada... No hijas, es necesario convencerse que debemos sufrir si queremos salvar almas" (Ejercicios a las Congregantes, 1897).

Junto a María aparece frecuentemente San José, de manera humilde, callada y sencilla. El P. José Antonio recuerda, a veces, los trabajos de Nazaret; pero también describe la vida oculta y la dichosa muerte de San José en el contexto del amor de Cristo y de María:

"El Hijo de Dios, Dios mismo, amó tanto a los hombres, que quiso salvarlos de la esclavitud en que vivían, se abatió haciéndose hombre como nosotros... quiso enseñarnos y bajó al seno de una joven pobre, humilde, desconocida, desposada con un varón humilde y casto... basta saber esta vida para humillarnos" (Ejercicios a las Congregantes, diciembre 1891).

"Esposo de la Sma. Virgen... padre nutricio de Jesucristo durante 30 años... Así es que por nadie mejor que por él podemos conseguir el amor a Jesucristo... pues él tuvo la dicha de morir en los brazos de la Sma. Virgen y con Jesucristo recargado sobre su pecho, derramando lágrimas de ternura y dolor" (Meditaciones, n.11).

La Encarnación del Verbo ilumina toda la vida de Jesús. Así se explica su cercanía a todo ser humano, especialmente a los que sufren. La parábola del buen samaritano simboliza todo lo que es y hace Jesús: su Encarnación y su acción salvífica y redentora: Nuestro Señor nos cargó en sus hombros" (Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891).

B) El nacimiento en Belén y la presentación en el templo

El misterio de la Encarnación se expresa concretamente en la humildad del nacimiento en Belén, por amor a todos los hombres. Las consecuencias de esta caridad de Dios hecho hombre llegan hasta la suma pobreza del pesebre:

"Ella (la caridad) es esa virtud a cuya dulce voz obedeció

el Poderoso Rey de los cielos y la tierra, y dejando su trono de gloria, bajó a recostarse sobre las pajas del pesebre de Belén" (Discurso, 1876).

La explicación sobre la caridad de Dios es una llamada a la imitación de este amor para ser felices ya en esta tierra. En la caridad, Jesús muestra sus características de Dios hecho hombre por nosotros. Hay que decidirse a imitar esta caridad divina:

"Amadla, hijas mías, con todo vuestro corazón, y estimadla más que las riquezas de todo el mundo, porque sólo en ella encontraréis la verdadera felicidad. Allí tenéis en el pesebre al hijo de Dios, hecho niño, acostado sobre la paja y llorando de frío por amor a nosotros. El es el perfecto modelo de caridad" (Discurso, 1878).

El ambiente de Belén habla de suma pobreza, manifestada en el pesebre y en querer que los primeros adoradores fueron la gente sencilla del pueblo:

"Nació el Niño en un pesebre lo más pobre, los primeros que adoraron a ese Niño, fueron unos pastores" (Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891).

El dueño del universo nace pobre en Belén para indicar el valor del sacrificio para la salvación del mundo. Jesús es el único y universal Salvador, que pide nuestra colaboración en la salvación de las almas:

"Aun antes de nacer vemos que sufre toda clase de desprecios... allí en un pesebre abandonado... allí en donde nace el Salvador del mundo, tiritando de frío, llorando... y todo esto por quién lo sufre? Por todo el género humano, por mí y por todas vosotras... aquél que era el dueño de todo el universo... Y si El, siendo todo un Dios, se preparó aún antes de nacer con el sacrificio para ser el Salvador del mundo, ¿qué y cómo no debéis vosotras para ser salvadoras de almas?"... (Ejercicios a las Congregantes, Novicias, 1897).

En la Presentación de Jesús en el templo, resalta el sacrificio redentor, por parte de quien era el Cordero pascual que debía inmolarse por los pecados de todos. María ofreció conscientemente esta oblación:

"Porque él era el verdadero Cordero, y porque aunque en apariencia lo rescatara, ya no era de ella, porque ya estaba ofrecido como víctima por los pecados de los hombres" (Meditaciones, n.17)

La realidad de este sacrificio redentor, ya desde la infancia, se concreta en el ocultamiento de la divinidad por medio de una obediencia total. María ocultó su virginidad (sometiéndose a la purificación legal) y también ofreció la víctima que ella misma había concebido. Pero el sacrificio principal era el de Jesús, Dios anonadado:

"Triple sacrificio que le ofrece hoy la obediencia de Jesús y María a la ley: 1º Sacrificio de los derechos de la virginidad. 2º De las ternuras de la Maternidad. 3º De

las grandezas de la Divinidad... ¿Cuál es ese sacrificio? El que Jesucristo hizo allí de las grandezas de su Divinidad... En otros anonadamientos del Salvador ha habido señales notables de grandeza y de poder... con señales clarísimas de su Divinidad... ¡Ah! ¡Qué feliz diferencia para nosotros! Jesucristo sacrifica hoy la gloria de su divinidad, practicando lo que la ley manda... ¿Qué otra cosa, sino querer lo que quiere Dios? ¿Y qué puede ser tan glorioso para la creatura racional como dejarse guiar de tal Maestro?" (Sermón sobre la Presentación de Jesús en el templo, s.f.).

Esta obediencia oblativa tenía como objetivo remediar la desobediencia del hombre:

"Para remediar este mal (la rebelión del hombre) el Verbo se hizo carne y nos dio una ley más espiritual y más perfecta, llena de abundantes gracias" (Sermón sobre la Presentación de Jesús en el templo, s.f.).

Nosotros participamos en esta oblación por medio de una vida semejante a la de Cristo. Es importante notar esta síntesis sacrificial y oblativa que nos ofrece el P. José Antonio, tanto para comprender el sacrificio redentor de Cristo, como para decidirse a participar en su misma oblación redentora:

... "la inmolación que esperas de nosotros. Nuestros cuerpos, serán el templo; nuestros corazones, el altar; nuestras palabras, obras, pensamientos y satisfacciones, la ofrenda; nuestras oraciones, el incienso; nuestra voluntad, el sacrificador; nuestras pasiones, la víctima; nuestro amor el degollador y nuestra recompensa el poseerte eternamente" (Sermón sobre la Presentación de Jesús en el templo, s.f.).

C) El significado de la vida oculta en Nazaret

Muchas veces, en los sermones y, especialmente, en las meditaciones de retiros y Ejercicios, el P. José Antonio detalla la vida oculta de Jesús en Nazaret, en el contexto de la vida de toda la Sagrada Familia. No deja de anotar los sentimientos de María, viendo a Jesús, Dios hecho hombre, desconocido y ultrajado entre los suyos. Describe así la reacción de la Santísima al observar alguna injuria contra su Hijo:

"¡Ay! lo conociera, supiera que es Dios!... cuánto debió sufrir, pues veía que para muchos la sangre de su Divino Hijo sería inútil, y su caridad (de la Virgen) deseaba que se aprovecharan todos los hombres" (Meditaciones, n.18).

Los treinta años de Jesús en Nazaret tienen valor salvífico en sí mismos, además de ser una preparación para el trabajo apostólico posterior:

"Por treinta años estuvo el Señor, escondido en el pequeño hogar de Nazaret, preparándose prácticamente para los tres años de predicación que se siguieron. Quiso practicar por treinta años las virtudes que debía predicar por tres" (Ejercicios, 1872).

"Jesucristo viviendo treinta años en Nazareth para predicar tres. El tiempo que Cristo estuvo en Nazareth, que fue el más admirable"... (Meditaciones, n.29).

... "preparándose por 30 años de hacer todas sus cosas bien hechas para luego ir a enseñar... y para esta obra tan grandiosa se preparó todo un Dios haciendo esas cosas ordinarias, esas que nadie las hace"... (Ejercicios a las Congregantes, 1896).

Los detalles de cada día, durante la vida oculta de Nazaret, son expresión de las virtudes del Señor. Era la mejor preparación para redimir a la humanidad:

"Y si Cristo estuvo ocioso treinta años, cómo se salvó el mundo? Era que en aquello que al parecer no valía nada, en eso mismo estaban encerradas las virtudes heroicas... treinta años oculto... Y con eso se preparó para redimir al mundo" (Ejercicios a las Congregantes, 1897; hay descripciones parecidas en otros Ejercicios).

Cristo Rey, que es Dios hecho hombre, quiso así manifestar su sabiduría y su poder:

"30 años tuvo esta vida nuestro Jefe, nuestro Caudillo... era la sabiduría misma... toda su vida fue vivir oculto y trabajando, para darnos ejemplo a esto, es a lo que nos invita" (Ejercicios a las Congregantes, diciembre 1891).

El valor de esta vida estriba en cumplir la misión encomendada por el Padre, siendo obediente a los signos de su voluntad salvífica. Así se explica la respuesta de Jesús a sus padres, después de su pérdida en el templo:

"Jesús se separó de sus Padres sin que lo supiesen y se fue al tempo a cuidad de la gloria de Su Eterno Padre... Con todo esto nos enseña Jesús que cuando se trata de la gloria de Dios, no hay que hacer caso de nada, ni de nadie que se oponga o pueda oponerse a ello. Aquí nos enseñó el Señor las virtudes de la Vida Religiosa" (Ejercicios, 1872).

"La voluntad de mi Padre, la misión que me ha confiado es la salvación de las almas" (Ejercicios a las Congregantes, Novicias, 1897).

D) La vida pública del Señor

Como era de esperar, las explicaciones más amplias se centran en torno a la vida pública de Jesús, con sus enseñanzas y milagros, siempre manifestando su humildad y caridad. En los sermones y meditaciones de Ejercicios, van apareciendo casi todas las escenas evangélicas, indicando también la interioridad o sentimientos del Señor:

"Jesucristo siempre oraba... Desde que nació hasta que expiró. Empezaba y terminaba todas sus obras con la oración" (Ejercicios, 1894).

"Jesucristo predicaba con el ejemplo, hablaba con

simplicidad y sentía en el corazón lo que sus labios profería... ¡Qué celo! Jesús predica en todas partes, en el templo, en las plazas, en el desierto, en la montaña, en la barca, de día y de noche... Su objeto es la conversión de las almas y la gloria de mi Dios" (Ejercicios, 1872).

"Jesucristo enseñó con el ejemplo. Nos enseñó la humildad... la pobreza... la paciencia... el perdón... la penitencia, la obediencia"... (Ejercicios, 1877).

"Meditación sobre las excelencias de Jesucristo al hacerse hombre, que son: pureza, santidad, humildad, poder de hacer milagros... Jesucristo escogió estas virtudes tan excelentes, porque eran las que más necesitaba para su misión" (las describe, subrayando la humildad)... "imitando en todo a Nuestro Señor Jesucristo" (Meditaciones, n.8).

El tema de Cristo Rey ocupa un lugar privilegiado, también en relación a las dos banderas, es decir, el programa para extender el reino de Cristo. La realeza de Cristo está siempre unida a su humildad y obediencia, invitándonos a imitarle:

"Jesucristo, Rey de la gloria, vísteme de las olorosas vestiduras de tus virtudes, a saber, de la humildad, paciencia, caridad y castidad, a fin de obtener la bendición del Padre celestial" (Oraciones, n.4: Oraciones matutinas).

"El trono de Cristo está en el suelo porque es la humildad suma" (Ejercicios a las Congregantes, 1893).

"Llegamos hasta el Rey, a seguir sus pisadas" (Ejercicios a las Congregantes, diciembre 1891).

Es muy importante observar cómo el P. José Antonio va describiendo la vida de Jesús, a partir de su interioridad, sus amores y sentimientos respecto al Padre y a nosotros. Las "excelencias" o virtudes de Jesús, tienen esta dimensión teológica:

"Meditación sobre las excelencias de Jesucristo N.S. para con su Eterno Padre... son: AMOR, HUMILDAD, OBEDIENCIA, AGRADECIMIENTO"... (Meditaciones, n.10).

Las enseñanzas giran siempre en torno a la caridad, la humildad y el desprendimiento. Por esto nos invita a imitar su misma vida:

"Sale Jesucristo del desierto para empezar su enseñanza y ni siquiera llevó maleta... También El no iba a enseñar gran cosa; nomás iba a enseñar a amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos... nos enseña a no desechar a nadie aunque no sirvan, sino a hacerlos útiles a todos... cuánto amaba la humildad; su amigos eran los peores; los leprosos, los enfermos, los tullidos, los ciegos, los cojos, ésa era su corte" (Ejercicios a las Congregantes, 1897).

"Jesucristo Nuestro Señor nos enseñó a combatir el amor a

los honores con las deshonras que sufrió" (Ejercicios a las Congregantes, diciembre 1891).

La ciencia de Jesús va unida a su bondad. Todo lo que hacía y enseñaba era para nuestro bien:

"El Señor no puede ser engañado, porque penetra, hasta lo más íntimo del corazón, los pensamientos más ligeros" (Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891).

... "todo esto lo hacía el Señor, por instruir a los Apóstoles, por convertir a las almas y por enseñarnos a nosotros... no hacía nada que no fuese para nuestro aprovechamiento" (Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891).

Los milagros eran una señal de su omnipotencia, armonizada con su humildad y bondad, puesto que todo lo hacía en vistas a nuestra redención. Sus milagros indican también que quiere hacerlos con nuestra pobre cooperación y con nuestra fe, como instrumentos de su bondad:

"Jesucristo haciendo el milagro de la multiplicación de los panes... Aquí vemos que, pudiendo Cristo como Dios que era, convertir las piedras en pan, no lo hace sino que quiere instrumento, se vale de un pobre muchacho; así de Vds. ... se presenten para que El pueda hacer los prodigios que ha pensado" (Meditaciones, n. 32).

"Curación del sordomudo... basta que el Señor lo quiera, para que se haga, pero siempre que se le pide con fe, con confianza, y como él penetra los corazones, no se le puede engañar" (Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891).

La bondad de Jesús llegaba todos, recorriendo todos los pueblos y aldeas. Cristo es Padre y Amigo:

"Segunda multiplicación. Cada día se internaba más y más Jesucristo a los pueblos más remotos... en busca de almas que salvar... ni un paso daba, que no fuese en provecho de los que se querían aprovechar" (Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891).

"Nuestro Señor ahora es padre, es amigo, y podemos conseguir que nos perdona la deuda" (Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891).

Hay que acercarse a Cristo con una oración humilde y confiada, como la mujer cananea. La oración confiada y perseverante alcanza todo de Jesús, especialmente si se le quiere seguir en sus enseñanzas:

"La cananea a los pies de Jesús... lo cual demuestra que, para conseguir algo, es preciso ir por el camino por donde Nuestro Señor pasó" (Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891).

La misericordia de Jesús se expresa en el perdón de todos cuantos se acercan a él con verdadero arrepentimiento, como la Magdalena. Es la actitud de misericordia que todo predicador

debe demostrar, como lo indica el mismo P. José Antonio respecto a sus disposiciones interiores como predicador y confesor:

"Esta inaudita misericordia de Jesucristo me violenta esta mañana a desechar toda palabra de rigor y a llenaros de consuelo... ¿No ha derramado su sangre por todos?... Jesús ni siquiera recuerda lo pasado: a Magdalena, Mateo, Zaqueo, Pedro, Tomás, jamás les recordó palabra" (Sermón, templo de la Encarnación, México, 1885).

E) El envío de los Apóstoles

La descripción del envío o misión de los Apóstoles tiene lugar especialmente al explicar la vida pública de Jesús. Es Cristo que ha llamado (a hombres y mujeres) para seguirle y también para participar en su misma misión. Por esto, la misión apostólica tiene las mismas características de la misión del Señor, quien sigue acompañando a los que ha enviado:

"Cristo mandando a sus Apóstoles a predicar, y algunas mujeres enseñando con tanto valor, firmeza y santidad como ellos... Nuestro Caudillo y Jefe va delante y El es el de la mayor carga" (Ejercicios a las Congregantes, 1893).

"Jesús mandando a sus Apóstoles a predicar y recomendándoles que no lleven saco, ni bastón, ni calzado" (Meditaciones, n.30).

La misión realizada por Jesús y comunicada a sus discípulos deja entrever el valor de las almas, es decir, del ser humano redimido por Cristo para participar en la vida divina. Así se explica el celo apostólico de Cristo y de sus enviados:

"Nuestra alma vale más que todos los tesoros y piedras preciosas... y porque no se perdieron las almas dio toda su sangre; dio su vida; luego nuestra alma vale más que el mundo entero con todo cuanto encierra" (Meditaciones, n.34)

"Debemos admirar el celo de Nuestro Señor Jesucristo, que cuando ve una necesidad, no descansa y pone todos los medios necesarios" (Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891).

"Nuestra alma fue hecha a Imagen y Semejanza del Misterio de la Santísima Trinidad; perdida por el pecado, pero rescatada, no con oro, no con piedras preciosas, sino con la preciosa Sangre de todo un Dios, y no con una gota que hubiera bastado, sino con toda" (Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891).

El significado de la misión se descubre al preguntarse sobre el valor de las almas:

"¿Quién podrá poner precio a nuestra alma! El que pueda valuar la Preciosa Sangre de todo un Dios" (Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891).

F) El sacrificio y sacramento de la Eucaristía

La Eucaristía es, al mismo tiempo, sacramento, presencia y sacrificio. Es "una prenda de su amor", como consecuencia de la Encarnación:

"No contento el Señor con haber bajado del cielo a la tierra, con hacerse hombre y padecer por nosotros, nos quiso dejar una prenda de su amor... Y fue su mismo cuerpo y sangre, joya preciosísima de un valor infinito" (Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891).

En la Eucaristía, Cristo se muestra como Amigo, Padre, hermano, víctima. Manifiesta allí todo el amor de su Corazón:

"¡Qué bondad la de Jesucristo con los hombres!... Ahí le tenéis para consolaros en vuestras aflicciones... mientras en cada familia haya uno que sea devoto del Smo. Sacramento, que ame al Smo. Sacramento, hay esperanza de salvación... Se está fabricando el templo de la expiación, a donde esté nuestro Amo expuesto de día y de noche y ofrecer a Dios esta adorable víctima de su Hijo Jesucristo en expiación de todos los pecados... El, en la Eucaristía como en todo, es nuestro Padre, nuestro hermano, nuestro amigo, nuestro consuelo y nuestro bien..." (Sermón n.5, sobre la Eucaristía).

El "gran deseo" que Jesús manifestó al instituir la Eucaristía, indica la "generosidad de su corazón" e invita a "ir con ansia al sacrificio". Si "escogió un pesebre para cuna, una humilde casa para su morada", cuando se trata de quedarse entre nosotros por la Eucaristía, "quiere lo mejor". Todas las virtudes y todas las enseñanzas de Cristo quedan "compendiadas en la Eucaristía" (Ejercicios a las Congregantes, 1896).

La comunión, aunque pueda recibirse fuera de la celebración eucarística, siempre tiene relación con el sacrificio redentor (de "méritos infinitos") que se ha hecho presente en la santa Misa:

"La mejor preparación para la sagrada Comunión es oír bien la Sta. Misa; donde se ofrecen nada menos que los méritos infinitos de Jesucristo" (Ejercicios a las Congregantes, 1896).

La reparación de los pecados encuentra un momento privilegiado en la adoración eucarística. El P. José Antonio hace referencia a ello, recordando el templo expiatorio que estaba levantando durante los últimos años de su vida:

"Queremos levantar un templo al Dios vivo, que sea un lugar señalado de expiación y desagravio, para que nuestro misericordioso Jesús llegue a perdonarnos, a perdonar a nuestra Patria" (Oración a San Felipe de Jesús, 1897).

Acompañar a Cristo en la Eucaristía, equivale a querer alimentarse de él, para vivir de él:

"Aceptad... los humildes ruegos de estos tus hijos que aquí ves postrados adorando el Santísimo y Augusto Sacramento que nos dejaste para alimento de nuestras

almas" (Sermón, Santuario de los Dolores, Zamora, 1866).

En cierto modo, podemos acompañar a Cristo doliente, como si estos dolores los volviera sufrir ahora por y con nosotros:

"Jesús tiene sus padecimientos eucarísticos y nosotros no velamos con El" (Iglesia del Sagrario, México, 1885).

G) La redención por medio de la pasión, muerte y resurrección

Los textos referentes a la pasión y muerte del Señor, sin olvidar la resurrección, son los que se llevan la palma por su profundidad. Sermones, meditaciones y Ejercicios se detienen con abundancia en los temas de la pasión y de la cruz.

En realidad, el sentido de la Encarnación se hace evidente en la redención. La Encarnación del Verbo es redentora, según la promesa de Dios en el Antiguo Testamento:

"Dios ya misericordioso con el hombre... le ofreció que su Unigénito Hijo, bajaría del cielo a la tierra a rescatarlo, con su sangre" (Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891).

La narración de la última cena, en el contexto de la institución de la Eucaristía, ya es el comienzo de la pasión, como humillación de Cristo, Hijo de Dios, al lavar los pies a los discípulos:

"Jesús se propuso darnos este ejemplo de humildad... Si el mismo Pedro se sorprende al ver a Jesús ante sus pies, ¿Qué sentiría el Eterno Padre al ver a su querido Hijo tan humillado" (Sermón, Santuario de los Dolores, Zamora, 1866).

El modo de presentar la pasión del Señor es el de ayudar a vivir los sentimientos o interioridad de Cristo, al estilo de San Pablo: "Tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús" (Fil 2,5). Así, por ejemplo, en los dos momentos más fuertes de la pasión (Getsemaní y la Cruz), invita a vivir en sintonía con la oración y la actitud del Señor:

"Cristo en esta oración quiso abandonarse a sí mismo y darnos un ejemplo de la flaqueza humana, y la manera de vencerla" (Sermón, Zamora, 1866, oración en el Huerto).

"Tomó el cáliz y lo apuró...no bajó de la cruz" (Ejercicios a las Congregantes, 1897).

La interioridad de Cristo se describe con equilibrio, puesto que, al mismo tiempo, es Dios y hombre. La humanidad del Señor se hace patente en la "tristeza" por los pecados de los hombres (en contraste con nuestras tristezas egoístas):

"Jesucristo tenía tristeza por los pecados de los hombres, por la ofensa hecha a Dios, y porque no se habían de aprovechar de su dolorosa pasión... La tristeza buena como la de Jesucristo, es una gran perfección" (Meditaciones, n.6).

El lema "Valor y Confianza" recobra su perspectiva cristológica a la luz de Getsemaní. El P. José Antonio lo expresa con una cierta nota de humor:

Si Jesucristo tuvo tristeza mortal ¿Qué extraño es, que a nosotros se nos cargue el morro? Lo que sí importa es no dejarse dominar de este bicho y exclamar: ¡Valor y Confianza!" (Carta 6 abril 1883).

Al meditar esos momentos sublimes de nuestra redención, se aprecia mejor el valor de las almas redimidas por la sangre de Cristo, y la misión que él nos ha confiado:

"Pues esta es nuestra misión, buscar y salvar almas, misión la más grande, porque salvar un alma es recoger la sangre de Jesucristo que se está perdiendo" (Meditaciones, n.15)

Si toda la vida del Señor es una invitación a imitarle, en la pasión y muerte esta invitación se hace más apremiante:

"Ver a Jesucristo en la cruz, pobre, despreciado y afligido" (Meditaciones, n.25)

"Jesucristo en la cruz diciéndome: No sigáis el camino ancho" (Meditaciones, n.27).

"Háganse sordas, ciegas y mudas en el camino del Señor; agarren la cruz con las dos manos y apriétenla bien para que no se les suelte y verán cómo las mismas olas de la tempestad nos arrojarán al puerto de salvación y verdadera felicidad" (Carta 23 junio 1883).

El seguimiento evangélico se refuerza al considerar los sufrimientos del Señor. Pero las exigencias llegan hasta dar la vida como él la dio por nuestro amor:

"¡Oh! qué fácil al oír decir cruz; parece que nada más es cogerla con la mano, y llevarla; no, abrazarse de ella y seguir a Nuestro Señor, en su camino, y no un día, sino siempre; hasta morir en ella como Nuestro Divino Salvador" (Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891).

En la pasión Jesús muestra su perfecta divinidad y su perfecta humanidad. El Salvador, que pasó haciendo el bien, enseñando y sanando, queda ahora aparentemente en la impotencia; los pecados de los hombres han llevado a Jesús a la pasión. No deja de ser Dios por el hecho de sufrir por nuestra redención. Esta realidad salvífica invita al silencio contemplativo:

"Cristo era dueño de todo porque El lo creó, y sin embargo, pagó tributo a la ley y pagó tributo a la naturaleza, muriendo... Tener la enfermera todas las virtudes que el enfermo no tenga; para pagar por él, como Cristo pagó por S. Pedro" (Meditaciones, n.37).

"No es posible detenerse a deciros todo lo que ha padecido Jesús; supla el silencio y vuestra contemplación lo que el dolor no permite expresar a mi balbuciente lengua... cayó en tierra el Santo de los Santos, el Dios Omnipotente... levantan a mi Jesús para que no se muera en el camino"

(Sermón del encuentro, Zamora, 1866).

El P. José Antonio, va presentando un paralelismo entre lo que "allá" sucedió (la pasión) y lo que "acá" sucede debido a los pecados de los hombres. La predicación invitaba a una profunda conversión:

"¿No eres tú aquel hombre Dios, que pasaba por la Judea, Samaría y Galilea haciendo el bien, curando enfermos, resucitando muertos y socorriendo necesidades? Pues ¿por qué están manchados de sangre vuestros vestidos?... Nuestras culpas son las que han cargado sobre sus hombros esa pesada cruz y las que agravan su paso... (por nuestros pecados) Jesús sufre más en estos momentos que en aquéllos" (Sermón del encuentro, Zamora, 1866).

"Te veo, Señor, ensangrentado, clavado y muerto en la cruz, y esos despojos de su muerte, mi fe contempla el estandarte de Redención, la prueba más grande de tu amor, y el reproche más terrible de mi iniquidad. Esos son los despojos que la muerte me ha dejado de tu humanidad, mas tu Divinidad la contemplo más gloriosa que nunca y por eso creo más que si lo viese, que mientras que te contemplo muerto en el Calvario, Tú me estás viendo y conoces hasta la más secreto de mi corazón... ¿Y qué, sólo aquella desenfrenada turba le ha atado cruelmente las manos a Jesús?. No hermanos míos, se las ata el que escandaliza al prójimo... Se las atan los desconfiados y los incrédulos, pues no les puedes abrir la fuente de la gracia. Los ingratos y negligentes ponen impedimento a tu gracia... en el rostro ante cuyo acatamiento se arrodillan los cielos, la tierra y los infiernos... ¿Qué sentiría Jesús al recibir tan injustamente aquel terrible golpe? Vedle el rostro y lo sabréis: Sus ojos están serenos y apacibles, y en su rostro no se ve turbación ni venganza" (Sermón, del Huerto al Calvario, s.f.).

Los méritos de Jesús en la pasión sirven para pagar todas la deudas de la historia humana. Así lo dice el P. José Antonio al hablar de las indulgencias:

"Con sólo los méritos de Nuestro Señor, que son infinitos, bastaría para todos los siglos" (Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891).

La actitud personal del P. José Antonio, ante el misterio de la pasión y muerte del Señor, queda reflejada en la oración que acompaña su testamento espiritual:

"¡Oh, Dios mío! en tus manos encomiendo mi espíritu; sí, en las manos de ese Dios de Verdad, cuya sangre ha sido mi rescate. Dulcísimo Jesús mío, por tu Santísima Pasión, manda que en este instante mi nombre sea inscrito entre los escogidos... Jesús mío, Hijo de Dios Vivo, que por la salud del mundo fuiste atormentado con hiel y vinagre, y que todo ya consumado, exhalaste sobre la cruz el último suspiro al entregar tu Espíritu en manos de tu Eterno Padre, he aquí que yo también te encomiendo mi alma y la pongo por última vez en manos de tu infinita misericordia"... (Oración del testamento espiritual, 1883).

Y como síntesis y muestra de todas estas enseñanzas, bastaría leer el texto del viacrucis que él recitaba en Jacona y en las misiones populares. Van apareciendo los contenidos cristológicos tal como él los quería vivir y como deseaba que los vivieran los demás. Entresacamos algunas afirmaciones:

- "Imitando vuestras virtudes, logre los frutos de esa Sangre preciosa derramada por mí".
- "Pecando, firmo también la injusta sentencia que Pilatos pronunció contra Ti".
- "Treinta y tres años hace que (Jesús) suspiraba por este día, y así abraza, besa y lleva la cruz con inefable ternura por mi amor".
- "Ya veo regadas las calles con la sangre que corre de sus llagas".
- (María) "ofrece su Hijo al Eterno Padre, queriendo más perderle que impedir la obra de nuestra redención. Sólo siente no poder morir juntamente con su dulce Hijo".
- "¡Quién hubiese podido aliviarte, o buen Jesús, ayudándote a llevar carga tan pesada!... Sí, hijo mío, tú puedes aliviarme... si supieses cuán preciosas son las penas y trabajos de esta vida! Más la apreciaras, que si te regalase una reliquia insigne de mi Santa Cruz".
- "Cubierto el rostro de saliva y sangre".
- "Jesús quisiera aún padecer más por mi amor... ¡Qué bondad la de Corazón de Jesús!"
- "Bien podrán decirle si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz. Por lo mismo que lo es, allí permanecerá hasta morir".
- "Esto sufre el Hijo y todo esto presencia la Madre".
- (muriendo en la cruz) "Mírale, pecador; es tu Padre, tu Creador, tu Dios, y está agonizando por ti... ¡Pero cuántos no se aprovecharán de esta sangre preciosísima!... A lo menos, Jesús mío, no sea yo del número de esos ingratos".
- "Admira y bendice eternamente el amor infinito de Jesús".
- "Muera yo una y mil veces antes que ofenderte, dulce Jesús mío. No me niegues esta gracia; te la pido por esa Sangre preciosa que has derramado por mí, por los acerbísimos dolores de tu Madre Santísima. Sí, mi Dios, antes morir que pecar" (texto del Viacrucis que rezaba en Jacona y en las misiones populares).

Como en todos los temas cristológicos, María aparece con espontaneidad, ocupando su puesto de Madre del Señor y nuestra:

"Imploremos el auxilio divino por intercesión de la Madre que adoptó por hijos a los que crucificaron a su amado Hijo Jesucristo Nuestro Señor" (Sermón, Catedral de México, 1885).

"María nos recibe como hijos... todo su anhelo es la salvación de las almas... El Señor como su Hija, Madre y Esposa todo se lo concede" (Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891).

La pasión y muerte del Señor culminan con su resurrección y ascensión. Es el misterio de la Pascua. Nosotros estamos llamados a participar de su mismo triunfo:

"Vemos un cuerpo Glorioso, y que de cada llaga de su divino cuerpo, salían rayos de luz divina... el que le sigue, en sus Banderas, no muere, sino que vive vida eterna. Ese Cuerpo Glorioso, es el que vais a recibir, en estos momentos, en el Santísimo Sacramento" (Ejercicios a las Congregantes, diciembre 1891).

El tema mariano queda siempre esbozado en relación con Jesús. El P. José Antonio recuerda la tradición sobre la aparición de Jesús resucitado a su Madre y nuestra:

"Es muy natural que así haya sido, y por lo mismo los evangelios no lo escribieron" (Meditaciones, n.19).

H) El Corazón de Jesús y el Corazón de María

Como hemos ido viendo en los temas cristológicos durante todo el decurso de la vida, pasión y muerte del Señor, el P. José Antonio quiere hacer resaltar el amor de Cristo, su interioridad, su Corazón. Con él vive en sintonía el Corazón de la Santísima Virgen. Desde el inicio de su acción pastoral en Jacona, se propuso "establecer la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen y del Sagrado Corazón de Jesús" (Diario de 1866). Fomentaba la práctica de celebrar los primeros viernes de mes.

En las cartas emitidas, a veces afirma que encomienda a la persona a quien se dirige, "colocándola en la llaga del S. Corazón, para que allí estudie y aprenda la mansedumbre y humildad" (Carta 2 agosto 1891). Probablemente aprendió esta buena costumbre de las cartas que su propia madre le enviaba (a él y a su hermano) durante sus estudios en Oscott: "Los pongo en la llaga del costado de Nuestro Señor, que es el puerto más seguro, no salgan de él" (Carta de su madre, 23 octubre 1856; cfr. 22 noviembre 1956). A veces es él mismo quien pide este favor: "Ruégole mucho... me ponga dentro del manso y humilde Corazón de Jesús, para que sea yo bueno, santo y edificante" (Carta 26 mayo 1896).

Al explicar la vida pública del Señor, intenta subrayar que las conversiones, como la de la Magdalena, son una conquista de la bondad del Corazón de Cristo:

"Apenas oyó a Cristo y quedó amarrada... procura cautivar el Corazón de Cristo con su arrepentimiento" (Ejercicios a las Congregantes, 1897).

En realidad era Cristo quien, por el atractivo de su amor verdadero, "con razón se robaba los corazones... Este es Cristo que se lleva tras El las gentes" (Ejercicios a las Congregantes, 1896).

En su predicación, Jesús dejaba entrever los amores de su Corazón. Repetidas veces el P. José Antonio comenta el texto de Mt 11,29 ("aprended de mí que soy manso y humilde de Corazón":

"Esta virtud fue su arma en la conquista de las almas... ¡Hazme, Señor, manso y humilde de corazón!" (Ejercicios, 1894).

"Con la mansedumbre ganaba almas y por la humildad cautivaba a todos los que lo veían... ¡qué humildad, siendo el mismo Dios" (Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891; cfr. Meditaciones, n.26).

El P. José Antonio habla del Corazón de Jesús también en relación con sus sufrimientos en Getsemaní:

"Postrado sobre la tierra, nadando en tu preciosa sangre, y con el Corazón lleno de miedo y aflicción, glorificabas a tu Eterno Padre en oración... Le pediremos a Jesús agonizante y bañado en sangre, un firme propósito de no dejar pasar un día sin hacer media hora de meditación" (Sermón, Zamora, 1866, oración en el Huerto).

El Corazón de Jesús refleja la realidad profunda de Jesús: Dios, hombre, Salvador. Así se muestra el Señor como Salvador universal:

"Determinó Dios mandar un corazón, no de ángel, porque no podía padecer; no de hombre, porque no podía dar mérito a sus padecimientos; debía ser de un Dios (hecho) hombre, puesto que venía a redimir a los hombres; y en el tiempo señalado apareció el corazón de carne en el pesebre de Belén, viniendo a redimir al género humano, y remediarlo con su humildad y mansedumbre de todos los males de la tierra... (describe pecados de humanidad)... Que reparéis tanto sacrilegio con vuestras comuniones, con vuestra mortificación, y de este modo satisfacer algo tanta injuria que recibe nuestro Salvador, en el s. Sacramento del Altar; allí está lleno de mansedumbre y humildad, esperando a que lo vayan a recibir y visitar... pidámosle a este Corazón de carne, a este Corazón Divino, que cambie los corazones de los hombres, como los cambió cuando vivió en el mundo" (Meditaciones, n.23).

El tema del Corazón de Jesús queda relacionado con la Eucaristía, puesto que el Señor hace presente en este sacramento todo su amor. Se relaciona también con el tema mariano, como regalo del Corazón de Jesús:

"No contento con haberos dejado su cuerpo adorable en la Eucaristía, quiso descubriros los tesoros de su sacratísimo Corazón" (Sermón n.5, sobre la Eucaristía).

"¡Oh adorable Jesús mío, sacramentado! Vuestro sagrado Corazón ha sido abierto para todos los hombres... El recuerdo de tantos y tan singulares beneficios obtenidos de tu Corazón amorosísimo, nos hace venir agradecidos y llenos de confianza ante este altar que hoy te consagramos en unión de nuestras personas y familias... Todo es vuestro ¡Corazón adorable! dignate aceptarlo. Para que esta consagración sea más aceptable a tus divinos ojos, la hacemos por manos de la que enviaste al Tepeyac, a su Madre amorosa y tierna de los Mexicanos... ¡Divino Corazón de Jesús! Que México sea digno de la Sma. Virgen de Guadalupe! ¡Dulcísimos Corazones de Jesús y de María, sednos propicio! Amén" (Oraciones, n.1: Acto de consagración).

El amor del Corazón de Jesús invita a imitar su entrega por medio de nuestra caridad fraterna:

"Caridad fraterna... soberana y universal, activa y compasiva, generosa y heroica... ¿No fue así la caridad que nos tuvo Nuestro Señor Jesucristo? ¿No derramó su sangre hasta la última gota?" (Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891).

El Corazón de María, su Madre y nuestra, vivía en sintonía con el Corazón de Cristo. Ella ayuda a entrar en sintonía con él. Precisamente en este tema aparece la asociación de María a la obra redentora, como Nueva Eva:

"Enseñadme el camino para llegar a tu Corazón y beber de ese manantial de amor... María, Madre Purísima, deja un instante tu dolor y hazme sentir un momento siquiera lo que sintió tu tierno Corazón al ver a tu hijo hacer testamento del cuerpo y sangre que fue concebido en tus purísimas entrañas... Dadme luz para comprender el amor de mi Jesús Sacramentado" (Sermón, Zamora, 1866, oración en el Huerto).

"(En el camino del Calvario) María dirigió sus pasos vacilantes hacia el Salvador, detuvo sus miradas sobre aquella figura humillada que se doblegaba sangrienta y medio desnuda por el tocosco madero de la cruz... (Jesús) pronunció con voz apagada el tierno nombre de Madre, que como espada, traspasó el tierno Corazón de María... Un hombre y una mujer, fueron la causa del pecado; un hombre y una mujer van a redimirlo sobre el Calvario" (Sermón del encuentro, Zamora, 1866).

Esta relación entre Jesús y María invita a una devoción mariana como consecuencia cristológica:

"No podemos amar a Jesucristo sin amar a María Santísima, porque El la amó y nos mandó amarla en el hecho de habérsela dado por Madre. Porque ella es Corredentora nuestra y la pasión de Cristo es inseparable de María Sma. y no puede amarse la una sin la otra" (Ejercicios 1877).

3. *Resumen de su docencia cristológica*

En todo momento de la vida de Cristo, aparece su realidad de Dios hecho hombre para nuestra Salvación. Es, pues, perfecto Dios, perfecto hombre, único Salvador y Rey del universo. El misterio de la Encarnación redentora realizada por Dios se resume con estas palabras: El "se vistió de carne humana y venció el mundo con una cruz" (Sermón 26 mayo 1893).

Cristo predica, se acerca, comparte, sana, convierte, invita a seguirlo, da la vida en sacrificio redentor. Pero estos contenidos de la predicación instan a una relación personal con Cristo, a la imitación de sus virtudes, a la reparación por los pecados, a la transformación en él por la vida nueva de la gracia.

En la actuación apostólica del P. José Antonio, la enseñanza cristológica es el tono dominante. Todo gira en torno a Cristo, anunciado, celebrado, comunicado. La Eucaristía, como

misterio de Cristo presente e inmoldado, es tema central, que debe prepararse por la predicación y llevarse a la vida concreta por la caridad. Los medios de piedad popular son continuación de una vida litúrgica en la vida concreta de todos los días.

Los contenidos de los sermones y conferencias son eminentemente cristológicos, basando la explicación en los textos evangélicos, haciendo hincapié en la Eucaristía y en la Pasión del Señor, con aplicaciones prácticas y pastorales del momento. Todo lleva a una actitud de "valor y confianza", fundamentados en el amor de Cristo y a Cristo.

El P. José Antonio es un servidor de Cristo, Maestro y Pastor, modelo de toda la acción pastoral. El se siente sólo como continuador de la misma misión de Cristo y de los Apóstoles. Parroquia, Colegios, Congregantes, misiones, etc., todo es un campo donde debe aflorar la vida de Cristo (imitado en el corazón y en toda la existencia personal y comunitaria).

Por ser servidor de Cristo, el P. José Antonio se siente un instrumento y signo del Buen Pastor, con la atención preferencial hacia los más necesitados. Se nota al predicador que está rumiando continuamente el evangelio, después de haberlo meditado personalmente. Enamorado de Cristo y dispuesto a un seguimiento generoso, quiere contagiar a los demás de estas mismas actitudes evangélicas.

Como resumen de la identidad y docencia cristológica del P. José Antonio, podemos analizar sus enseñanzas recordando una clave propuesta por él mismo, que podría ser aplicada a todos los momentos de la vida, pasión, muerte y resurrección del Verbo Encarnado:

"Para comprender este amor debemos considerar ¿Qué hace Jesucristo? ¿Cuándo lo hace? ¿Para quién lo hace? ¿Quién es El?... ¿Y quién es El? El Creador del mundo; el Dios Omnipotente que dijo hágase la luz y la luz fue hecha... El Dios misericordioso que se hizo hombre para pagar con su sangre todas las iniquidades y abominaciones" (Sermón, Santuario de los Dolores, Zamora, 1866).

Muchas veces se describe la interioridad o sentimientos de Cristo, especialmente al hablar de su Corazón y de la pasión. Su acción externa (predicación, cercanía, sanaciones y milagros) expresaba su bondad y misericordia, su amor al Padre (en el Espíritu Santo), su amor a toda la humanidad, con una donación total de sí mismo.

La doctrina mariana, enseñada por el P. José Antonio, tiene dimensión cristológica, como expresión del misterio de Cristo, que quiso nacer de ella, asociarla y dársela como Madre. En el Corazón de María se aprende a vivir en sintonía con el Corazón de Cristo Redentor.

III. JESUCRISTO ACOMPAÑA

1. *La presencia de Cristo en los momentos de dolor del apóstol*

El P. José Antonio se sintió siempre acompañado por Cristo, que le había llamado y enviado. Tanto la llamada como la misión son ya un signo de una presencia especial de Cristo en la vida del apóstol. Pero ese acompañamiento lo experimentó, con actitud de fe, en los momentos más difíciles de dolor y de tribulación. Entonces, a pesar de la ausencia de consolaciones, experimentó que Cristo no abandona.

En estos momentos de dificultad, el P. José Antonio nos ha dejado oraciones dirigidas a Cristo, que son un modelo de fe, esperanza y caridad. Son muy significativos los momentos vividos en los viajes a Tierra Santa, especialmente en los lugares de la redención dolorosa de Cristo.

Su primer viaje a Tierra Santa (1862), que ya hemos citado anteriormente, indica una actitud de fe, de saberse unido a Cristo y acompañado por él. En una carta a su hermano José María, resume su actitud de peregrino, como quien quiere "seguir las huellas de Jesús y María en aquella tierra sacrosanta". Al besar la Tierra Santa, afianza su fe en "Jesucristo, aquel Dios hecho hombre". Las dificultades de este viaje las afrontó con la convicción de una presencia de Cristo que siempre acompaña a los suyos:

"Aquel de cuya tumba íbamos en pos tiene en sus plantas los vientos y los mares; El era nuestro amparo, en El depositamos nuestra confianza y El condujo a la playa sana y salva nuestra barquilla" (Carta a su hermano José María).

Al describir la oración de Jesús en Getsemaní, se quiere identificar con los sentimientos de Jesús, describiendo con una frase sintética toda la realidad cristológica del Señor (Dios, hombre, Salvador):

"... tengamos resignación para repetir la oración de Jesús en el huerto, fue lo que yo pedí a Dios, postrado en aquella misma tierra que su divino Hijo tocó con su frente y baño de lágrimas y sangre" (Carta a su hermano José María).

Esta actitud de identificación de sentimientos con Cristo doloroso, se irá afianzando durante toda su vida:

"En la Gruta de la Agonía. Muy contento de mi felicidad de haber meditado, donde Jesús meditó, y haber recibido su cuerpo y sangre en el lugar donde había peleado contra la flaqueza humana" (Diario de 1862).

La institución de la Eucaristía es la garantía de la presencia de Cristo, que acompaña siempre a los suyos. En el Diario de este su primer viaje a Tierra Santa describe el Cenáculo y el Monte de Sión con estas palabras:

"Donde el Redentor dio la prueba más grande de su amor por el hombre, convirtiendo el pan y vino en su Cuerpo y

Sangre preciosa y quedando con nosotros sacramentado para siempre; donde los Apóstoles recibieron la potestad de perdonar los pecados; donde el Señor visitó a sus Apóstoles después de su Resurrección; donde los Apóstoles y María vivieron después de la Ascensión" (Diario de 1862).

Estas notas de intimidad van unidas al dolor de no poder besar el lugar del Cenáculo (por impedirlo sus propietarios, no cristianos), uno de "los trofeos más santos que tenemos de nuestra Redención":

"¡Quién podrá detener las lágrimas al ver que no puede imprimir un beso en aquel santo suelo donde el Señor, su Madre Santísima y los Apóstoles pusieron sus plantas tantas veces!... Jesús dio la última gota de su sangre por el hombre" (Diario de 1862).

Se nota en las actitudes de aquel joven un ansia de identificarse con Cristo, como consecuencia de haberse sentido amado y acompañado por él:

"En la Basílica del Sto. Sepulcro... Fui y arrodillado y con la cara medita dentro del agujero donde metieron el pie de la cruz pasé largo tiempo pidiendo a Dios perdón de mis pecados y de los de mis padres, familia y amigos. ¿Quién podrá explicar lo que sentí al estar arrodillado sobre el lugar y palpando con mi rostro y manos aquellas dichosas piedras que recibieron las gotas preciosas de la Divina Sangre del Hijo de Dios? ¡Oh, quien pudiera estar ahí toda la vida o conservar al menos los sentimientos que en aquella hora feliz sintió mi corazón!" (Diario de 1862).

En Getsemaní, en el Calvario y en el Santo Sepulcro, aprendió una gran lección de espiritualidad, al experimentar la necesidad de sentirse unido a Cristo en los momentos difíciles, transformando la soledad en un silencio doloroso de la presencia amada adorada de Jesús. El recuerdo de su primer viaje a Tierra Santa le va a marcar definitivamente. Oigamos sus mismas palabras, escritas durante el período de cura dolorosa en Silesia:

"Me vino un rayo de consuelo con la esperanza de que Dios me había de conceder volver a ver aquellos santos lugares y tener la dicha de celebrar la primera Misa sobre el Santo Sepulcro de Nuestro Divino Redentor... Hoy me encuentro en Gräffenberg, sobre una montaña de la Silesia... pero mis recuerdos de Tierra Santa y la esperanza de volver a ella me hacen mis males y mi soledad soportables. ¡Fiat voluntas tua! es mi súplica y ésta la aprendí y gravé en el corazón al visitar y comulgar en el Santo Huerto de Getsemaní" (Diario de 1862).

El mismo dejará constancia que, en los momentos de dolor, el único consuelo se encuentra en la fe vivida. Así lo escribe durante otro período posterior de cura en Silesia: "los consuelos que encontré en nuestra santa religión" (Diario de 1864). El contexto de esta afirmación es el que hemos señalado anteriormente: el recuerdo de haber encontrado a Cristo en la visita a los santos lugares y, especialmente, en la Eucaristía.

A su situación dolorosa la califica de "martirio", que recobra su sentido a la luz de la fe:

"Ha llegado por fin, el tan deseado día, el fin de mi martirio... Todo se lo he ofrecido a Dios Nuestro Señor, diariamente, y esta mañana le ofrecí mi último martirio y renové todos los pasados ofrecimientos. Que se haga en todo la voluntad de Dios" (Diario de 1864).

Esta oración, de contenido teológico, tiene su dimensión cristológica, concretada en el crucifijo:

"Dios era mi único consuelo, mi único amigo, y mi único todo... me arrodillé ante mi crucifijo, y pedí al cielo fuerza y resignación para cumplir con la voluntad de Dios" (Diario de 1864).

Es la lección que él aprendió y que comunicaría a otros y, de modo especial, a sus hijas espirituales, como fruto de "haber abrazado las rocas del Calvario y del Santo Sepulcro". Jesús se hace presente en los momentos de dificultad, haciendo experimentar una "soledad" llena de él y que nadie puede llenar sino él. Cristo es Esposo y amigo, que invita a beber su cáliz y a llevar su misma cruz (cfr. Mc 10,38; Jn 19,17).

Desde los primeros momentos en que se había despertado la vocación sacerdotal en el corazón del P. José Antonio, la cruz y el martirio aparecieron como signos proféticos de un futuro. En lugar del desánimo, surgió en el corazón el gozo de compartir la misma vida de Cristo:

"Me hizo saltar de gozo todo el día y aún ver con gusto los pensamientos de encarcelamiento, martirio" (Ejercicios, 1863).

Precisamente la preferencia por los temas de la pasión, contemplados año tras año, indican esta convicción profunda de que Cristo, que llama y envía, también acompaña al apóstol, invitándole a imitar y compartir su misma vida. El Señor, en la pasión, da ejemplo de cómo superar las debilidades del ser humano, que él mismo quiso experimentar ("humilló la carne y comenzó a orar"):

"Debo seguir el ejemplo de Cristo, retirándome a un lugar solitario y meditando, cuando me sienta triste, desconsolado y falto de espíritu... que sólo en la oración hallará alivio el espíritu tibio y afligido" (Ejercicios, 1863). "Para aliviar lo que Jesús y María sufrieron por mí en el Calvario, procuraré imitarlos y seguir su divino ejemplo... irme acostumbrando a sufrir y aún amar el desprecio y humillación" (ibídem).

Al saberse acompañado por Cristo en los momentos de tribulación, pasa a la convicción cristiana de que un día podrá también participar de su misma glorificación:

"Lo mismo ha de suceder a nosotros... si lo imitamos en su pobreza, humildad, paciencia y demás virtudes en esta vida" (Ejercicios, 1863).

Los textos oracionales son una muestra evidente de la

experiencia de ser acompañado por Cristo. La toma de conciencia de la propia debilidad, no hace más que afianzar la conciencia de ser un instrumento vivo del que Cristo se puede servir para prolongar su misma misión. Así lo afirma al final del texto de Ejercicios de 1863:

"Yo conozco mi incapacidad e imperfección... El sacerdote sin tu ayuda es un inanimado instrumento... Quiero continuar preparándome... y reconociendo el camino que me marcaste con tu sangre... Ayúdame a cumplir mis propósitos... Madre mía Santísima, en vuestras purísimas manos me pongo para que me hagáis fiel imitador de vuestra pureza y humildad. Amén" (Ejercicios, 1863).

Durante sus estudios en Roma, los sufrimientos se concretaron especialmente en una salud resquebrajada, que tenía que cuidarse con tratamientos especiales en Silesia (Gräffenberg, desde el 24 de septiembre hasta el 5 de diciembre). Este "martirio" (como dice él mismo) sólo pudo superarlo viviendo con gozo y convicción la propia vocación:

"Estos sufrimientos han sido la prueba más clara de mi vocación al sacerdocio... Sólo mi vocación al sacerdocio pudo haberme dado valor y resignación para sufrir mi curación en Gräffenberg. El Señor parece que se dignó aceptar mis sufrimientos... Bendito sea el Señor y que yo haga en todo su Sma. voluntad" (Diario de 1864).

La figura de Pío IX le sirvió de estímulo y de aliento, para afrontar el futuro con la convicción de que el Señor no abandona. Cuando el Papa, el año 1865 (año de la ordenación sacerdotal y de regreso a México) le pidió que se preocupara por "formar en el Seminario clérigos virtuosos e instruidos", el P. José Antonio escribe en el Diario:

"Me separé lleno de valor para emprender la obra más ardua de un apóstol, y aún para sufrir el martirio en defensa de la fe y de la Santa Sede" (Diario de 1865).

El hermoso cáliz de esmaltes, de su primera Misa, es todo un símbolo y un signo de la presencia de Cristo en la vida del P. José Antonio. Fue un regalo que le hicieron, pensando que así lo hubiera querido su madre si hubiera asistido a aquella celebración. La "sangre" del Buen Pastor le acompañará en todo momento de su vida ministerial.

La fe vivida, como toma de conciencia de la presencia de Cristo para compartir su misma vida y su misma cruz, será la clave que le ayudará a intuir que las espinas del dolor son un presupuesto de fecundidad apostólica:

"¡Bendito sea el Señor por los innumerables bienes de que se dignó colmarme y muy especialmente por el de la fundación del Colegio de San Luís Gonzaga, que aunque en poco tiempo me ha coronado de espinas, espero que entre ellas han de brotar fragantísimas flores" (Diario de 1873). "¡Muy hermosas son las flores que planté, pero muy espinosas" (Diario de 1876).

Al reunir en Roma a los estudiantes que había enviado al Colegio Pío Latino (1876), les alentaba para adquirir una

devoción profundamente eucarística y, por tanto cristológica:

"Les hice una exhortación preparatoria a la comunión... y con vela en mano recibieron al Rey de los cielos y la tierra... En la tarde, a las tres nos reunimos, hubo exposición del Santísimo" (Diario de 1876).

Su segundo viaje a Tierra Santa (1877), con ocasión de acompañar un grupo de seminaristas para el Colegio Pío Latino (1876), será una oportunidad especial de volver a experimentar la presencia de Cristo en su vida. Ello le dio alientos para reemprender una nueva etapa de su vida, como misionero apostólico (por nombramiento de Pío IX).

El nuevo viaje a Tierra Santa no estuvo exento de dificultades y molestias, que le hicieron recordar el precio de la redención obrada por Cristo:

"La noche fue más tempestuosa que todas las anteriores, de suerte que yo la pasé preparándome para morir y dándole gracias a Dios porque me mandaba la muerte yendo en camino a los Santos Lugares de nuestra Redención" (Diario de 1877).

En los lugares santos, parece como si experimentara la presencia del Señor. Nos lo cuenta con expresiones cristocéntricas parecidas a su primer viaje:

"Me levanté a las 5 y a las seis fui al Ecce Homo, a decir Misa... Dije Misa con muchísimo gusto y devoción, debajo del Arco que sirvió de balcón a Pilatos cuando dijo Ecce Homo" (Diario de 1877).

"¿Qué hice yo en aquellos lugares sacrosantos?... Me entregué ansioso a la manifestación de mis necesidades, contándoles a las ensangrentadas rocas del Calvario y a la helada loza del sepulcro todas las cuitas de mi alma; el objeto de mi peregrinación, mis aspiraciones y deseos. Parece que me oían, pues la esperanza inundaba mi pecho, sentía avivarse mi fe y enardecerse en mí la caridad... Doy gracias a Dios, las más humildes gracias, por haberme concedido la gracia de decir Misa en el glorioso sepulcro del Salvador" (Diario de 1877).

Una nota crítica respecto a los cambios que ha observado en Palestina en este segundo viaje, indican la referencia continua a Jesucristo, como un modelo vivo y alguien que acompaña:

"No sentí en esta vez la fuerte impresión que en la anterior, debido tal vez a que el carruaje no es propio para el peregrino, y a que aquello va tomando cierto aire de civilización que no cuadra con los padecimientos de Nuestro Señor Jesucristo" (Diario de 1877).

Entre los escritos del P. José Antonio, se encuentran frecuentemente coloquios (oraciones) en relación con Cristo, que son un resumen de su propia vivencia. En las palabras se nota la intimidad, la confianza, la disponibilidad para seguirle de modo incondicional. La lejanía de la patria (cuando se trataba de los viajes a Roma) se compensaba con la presencia de Cristo, que no

abandona a quienes él ha elegido, llamado y enviado:

"Heme aquí, dulcísimo, Jesús Mío! En vuestra Santa Casa! retirado del mundo! a solas contigo! lejos de cuanto pudiera ofuscar la verdad!... Cómo me has traído de tierras tan lejanas!... ¡Reconozco, Señor, tu gran bondad e infinita misericordia para conmigo, que soy el más vil e ingrato de los hombres!... Consumad la gran obra que habéis consumado en mí. Estoy pronto a obedeceros en todo, cueste lo que costare. Manda, Señor, y serás prontamente obedecido. Habla, Señor, que tu siervo escucha" (Ejercicios, 1877, Roma).

Si el año 1882 fue uno de los más cargados de sufrimientos, por haber sido destituido del curato de Jacona, inmediatamente surge la figura de Jesús que invita a compartir su misma vida y su misma cruz. Un resumen de su situación interior lo encontramos en sus mismas palabras:

"Estoy tan acostumbrado a sufrir... Mi conciencia está tranquila, bendito sea Dios" (Diario de 1882).

Para entender esta actitud, habrá que leer con atención sus anotaciones durante el nuevo viaje a Tierra Santa y los Ejercicios practicados en Roma, en estas circunstancias (año 1883). El saberse amado y acompañado por Cristo, transformará la nueva cruz en nuevas posibilidades de apostolado.

La noche del 29 de abril de 1883, durante su viaje a Tierra Santa, el P. José Antonio dejó constancia de sus emociones, escritas junto al Calvario y al santo sepulcro. La sangre de su corazón parece mezclarse con la sangre del Señor:

"A las 8:30 de la noche escribo esto sobre la roca donde enarbolaron la cruz en el Calvario: en mi tercer viaje, año de 1883, mes de abril. ¿Dónde estoy? ¡Dios mío!... abrazado de la peña que sostuvo tu cuerpo crucificado... la que chorreaste con tu preciosísima sangre... la que María regó con sus lágrimas al recibir en sus brazos tu cuerpo exánime... la que se despedazó de dolor cuando exhalaste el último suspiro. ¡Y yo miserable pecador tengo esta dicha! ¡Y la tengo por tercera vez!" (Diario de 1883).

Pero el dolor le hace entrar en el amor de Cristo, para comunicarlo con una actitud de perdón:

"¡Cuán bueno y misericordioso es Dios conmigo! ¡Cuánto me quiere!... Enséñame, Señor, a serte agradecido. Háblame, Señor, y dime lo que de mí quieres... ¿Que perdone a los que me han hecho mal? Perdónales, Señor... ¿Que apure el cáliz hasta las heces? Mi alma es ya un mar de amargura y no puedo beber ya más si tú no renuevas mis perdidas fuerzas" (Diario de 1883).

Comienza una nueva etapa de su vida, marcada por el signo de la esperanza. Procura olvidarse de sí, para cuidar más de los otros, dedicándose con más entrega a las obras emprendidas y, de modo especial, a sus hijas espirituales:

"Dame, Señor, *valor y confianza* para apurarlo, para vivir crucificado y para arrostrar y vencer las dificultades y

tropiezos que a cada paso encuentro... Castígame a mí, pero no castigues a aquellas pobres almas que de tan buena voluntad se han consagrado a tu servicio... Castígame a mí, pero no prives del bien a mi pobre pueblo... Castígame a mí, pero no destruyas las buenas obras que he iniciado, si es que fueron para tu gloria... no destruyas lo que hice en honor tuyo" (Diario de 1883).

La perspectiva mariana de su unión con Cristo le ayuda a mirar el futuro con confianza:

"¿Bajaré de este Santo Monte con las manos vacías? NO... Aquí fue nombrada María Madre de los pecadores. Aquí murió Cristo por mí. Yo bajaré de aquí consolado, rico de valor y confianza y perdonado de todas mis culpas... Seguiré caminando por el desierto... Valor y confianza" (Diario de 1883).

Su "valor y confianza" se basan en no anteponer nada al amor de Cristo. A la luz de este amor, se ha obrado el milagro de una resurrección espiritual:

"No puedo ceñir mi cabeza de oro, donde Cristo la tuvo coronada de espinas... En las obras que he hecho no puedo esperar gozo, paz, honor y protección humana, pues las he hecho por un Señor que nació, vivió y murió perseguido, calumniado, despreciado y abandonado hasta de su Padre. Dame, Señor, valor y confianza... No borres de mi alma lo que siente ahora que tengo abrazada esta santa peña del Calvario, donde moriste por mí" (Diario, de 1883).

La oración en el Calvario, que acabamos de resumir, se completa con la oración en el Santo Sepulcro, a las 11 de la noche. El contenido de esta oración refleja el paso de la cruz a la luz, de la muerte a la resurrección; sufrir con Cristo doloroso lleva a gozar con Cristo resucitado:

"¡Aquí murió la muerte!... ¿Podré rehusar mi cruz? ¿Me quejaré de mis padecimientos?... Dios mío, manda cruces, tribulaciones y cuanto gustes, pero acompañadas de fuerzas, pues a la vista de este sepulcro glorioso y triunfante se endulzan las amarguras, huyen el temor y la tristeza y el alma apetece el Calvario. ¡Valor y confianza! Si morimos crucificados con Cristo, con Cristo resucitaremos gloriosos y triunfantes. Haz, Señor, que yo y los míos llevemos con gusto nuestra cruz hasta la muerte... para que subamos triunfantes al cielo" (Diario de 1883).

Con estos sentimientos, tan profundamente cristológicos y cristocéntricos, se pueden valorar mejor los propósitos de los Ejercicios celebrados en Roma en ese mismo año de 1883:

"Meditación media hora por lo menos y un misterio del Rosario aunque sea. Dormir con un Crucifijo en mano" (Ejercicios, 1883).

Ello le ayudará a adoptar una actitud constante de perdón y de sufrir amando:

"Sufrir los trabajos de Jacona con paciencia y humildad y

no hablar de ellos, diciendo «SEA POR AMOR DE DIOS, MAS PADECIO CRISTO POR MI». Procuraré no apegarme a persona o cosa alguna. Haré bien a mis enemigos. El Viacrucis los viernes con el pueblo" (Ejercicios, 1883).

En los Ejercicios de los años posteriores, se irán reflejando los mismos sentimientos, sobre todo al meditar de nuevo la pasión del Señor: "¡Oh dulce Jesús mío! no me permitas que en mí se pierda el fruto de tu preciosa sangre!" (1878). "Más padeció Cristo por mí" (1883). "Me afianzo en tu ensangrentada cruz y confío que ella será el áncora" (1888). "Yo que he abrazado el sacerdocio, debo negarme a mí mismo, tomar mi cruz y seguir a Cristo" (1894).

El cuadernillo de los Ejercicios de 1894 contiene, al final, la traducción de unos versos italianos, que el P. José Antonio había recordado siempre y que, en esa fecha envió a unos padres que había perdido a su hija (Lorenza). Esos versos son un resumen de su vivencia y docencia cristológica, al estilo de San Pablo. Copiamos sólo unos fragmentos:

"Así Jesús, concédeme - Tal olvido de mí - Que mi querer sea tuyo - y sólo para Ti. - Haz que sólo dependa - de Ti mi voluntad - Querer lo que Tú quieres - Mi única libertad... - Mi alma puede cantar - con una amor sincero: -«No soy yo quien quiero - Quien en mí quiere es Dios»" (final de Ejercicios de 1894).

Es muy significativo el gesto sencillo y, yo diría, heroico, de ir siguiendo la ceremonia de la coronación de la imagen de la Virgen de Guadalupe (12 de octubre de 1895), oculto en la capilla del Santísimo. Su alegría, mezclada con el dolor, unía la corona de la Virgen a la propia corona de espinas, parecida a la del Señor.

El tres de febrero de 1897 tuvo lugar la consagración del templo expiatorio, fecha que correspondía al tercer centenario del martirio de San Felipe de Jesús. Es interesante observar algunos datos de una carta escrita a su sobrino y discípulo Don Francisco Plancarte y Navarrete (Obispo de Campeche). Después de recordar que sus sentimientos fueron parecidos a cuando celebró la Santa Misa junto al sepulcro de su madre al llegar de Roma recién ordenado, nos da unas pinceladas de su amor a Jesucristo sacramentado:

"A las diez de la noche (del día 5) se expuso el Santísimo y lo velamos toda la noche hasta las cinco de la mañana, rezando el oficio y cantando las lamentaciones el orfeón queretano. Los visitantes ya pasan de medio millón" (carta de 1897).

Su amor a Jesucristo, sin condicionarlo a nada ni a nadie, le ayuda a redimensionar su vida totalmente dedicada al culto eucarístico de reparación. Escribe el día 24 de febrero de 1897:

"En el templo expiatorio, en el templo del pecado, allí estoy bien y debo ser la figura prominente. Allí debo vivir los últimos días de mi vida, recogido en el silencio y representando a los pecadores".

2. El sentido cristológico-esponsal de la vida consagrada

Esta actitud cristológica del P. José Antonio aparece siempre, y especialmente al final de su vida, como eminentemente sacerdotal, es decir, de asociación a Cristo crucificado, de imitación y de relación íntima con él. Para el P. José Antonio, la consagración sacerdotal equivale a "las bodas con la esposa del Cordero" (Ejercicios, 1877).

La imitación y seguimiento de Cristo tiene, pues, sentido sponsal y corresponde a la realidad sacerdotal participada del mismo Cristo: "Los sacerdotes tenemos a Cristo por modelo, quien desde su nacimiento hasta su muerte les hizo cruda guerra a las riquezas, abrazando la suma pobreza" (Ejercicios, 1877).

Es la consagración total a Dios por la pobreza, obediencia y castidad:

"Le he consagrado mi alma y mi cuerpo" (Ejercicios, 1894).

"A ti me consagré con purísimas intenciones, amorosísimo Jesús mío!... El amor exige comunicación de bienes entre los amantes. Tú me has dado todo cuanto poseo... Quiero ser todo tuyo, sólo tuyo y probártelo con mis obras más que con mis palabras" (Ejercicios, 1988).

A su consagración al Señor (desde 1865), como seguimiento evangélico radical según la vocación de sacerdote ministro, unía la consagración de sus hijas espirituales: "Consagrándote de una manera especial aquellas que intentan consagrarse a tu divino servicio" (Ejercicios, 1877). El amor a Cristo, Maestro, Amigo y Esposo, triunfó siempre en su corazón y en su vida apostólica. Para él, la perseverancia fiel y generosa en la vocación consagrada "es un milagro" (Meditaciones, n.8).

Las conferencias y meditaciones dirigidas a sus hijas espirituales aluden frecuentemente al desposorio propio de la vida consagrada. A partir de este desposorio con Cristo, se invita a proseguir en el camino de un cambio continuo para parecerse a Cristo Esposo y compartir su misma vida. La dignidad de la vida consagrada se podría resumir en una frase:

¿Qué, ser esposa de Cristo no es ser más que ángel? A ellos nunca les permitiste que te llamara Esposo... pero a mí me autorizas para llamarte Esposo" (Ejercicios a las Congregantes, 1893).

El sentido sponsal de la doctrina y práctica de la consagración (Cristo Esposo, Iglesia esposa), ayudaba al P. José Antonio a preocuparse de los intereses del Señor, olvidándose de sus propias preocupaciones. Esto se puede observar constatando que los textos, en los que expone los contenidos evangélicos, no dejan entrever las grandes dificultades que tuvo que afrontar por aquellas mismas fechas. Es el buen padre de familia, que cuida de los suyos haciendo de su propia vida una oblación, a imitación de Cristo.

Las comparaciones, la anécdotas y las notas de humor, mezcladas a veces con una fina y sana ironía, brotan de un corazón sereno, que sabe sembrar serenidad; como decía una sus hijas, "con la acostumbrada gracia que le es natural"

(Meditaciones n.18). Esta actitud ayudaba a redimensionar todos los problemas a la luz del evangelio y del seguimiento de Cristo. Los detalles de la vida consagrada demuestran un buen conocedor de la misma, siempre en la línea de ayudar a corregir los defectos, para no anteponer nada al amor de Cristo.

Las meditaciones y conferencias dirigidas a sus hijas espirituales (Hijas de María Inmaculada de Guadalupe) tienen una clave cristológica: el desposorio con Cristo por medio de la vida consagrada. En este sentido, las enseñanzas pueden dirigirse a cualquier persona que haya comprometido su vida en el seguimiento esponsal de Cristo.

Hay una pequeña anécdota, de cuando el Padre Fundador llegaba de Europa, después de meses de ausencia. Son palabras sencillas que reflejan serenidad y olvido de sí mismo, como empezando una etapa nueva de la vida:

"Habiendo llegado el Padre de Europa... subió al altar y dijo: Hijas mías, el mejor modo de saludar a todas, chicas y grandes, es deciros las palabras del Señor: La paz sea con vosotras" (Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891).

La Crónica de la Congregación no deja de anotar el interés del P. Fundador para que se celebrara el primer viernes de cada mes en honor de Sagrado Corazón de Jesús, "con verdadero espíritu de reparación". Hizo traer de Barcelona una hermosa y buena estatua del Sagrado Corazón, para colocarla en la capilla de la Casa Central (cfr. Crónica, 1890).

Las enseñanzas cristológicas impartidas eran continuas, en ambiente de exigencia evangélica y de alegría. Llegar a la santidad no es sólo una exigencia, sino una posibilidad. El amor de Cristo Esposo hace posible y alegre esta entrega generosa. Las afirmaciones que entresacamos se refieren a toda la vida de Cristo, al que hay que imitar.

En los Ejercicios a las Congregantes, las meditaciones y "reformas" (una especie de examen y revisión de vida), van apareciendo todos los temas evangélicos: Encarnación, Belén, vida pública, parábolas, pasión, misión, etc. Se puede decir que todo gira en torno a ser "santas religiosas dignas de ser llamadas Esposas del Cordero" (Ejercicios a las Congregantes, 1888). Por esto las invita a una actitud permanente de "estar trabajando y meditando en algún misterio de la vida de Nuestro Señor Jesucristo" (ibídem).

A) Una llamada comprometida: seguir a Cristo Esposo

La llamada del Señor es exigente y, al mismo tiempo, capacita con su gracia para seguirle con generosidad. La vocación al seguimiento evangélico es don de Dios y compromiso personal:

"Nos llama Jesús... «Venid a mí, todos los que estáis cargados... venid a mí, que mi yugo es suave y mi carga ligera», y así es... al que le sigue le da su gracia y esto basta. Propósito: Seguir a Nuestro Señor, por donde quiera que vaya; como la oveja sigue a su Pastor"

(Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891).

Desde su infancia, ya desde el seno de María, Jesús invita a quienes llama hoy para seguir su mismo camino de pobreza, castidad y obediencia, con él y en él:

"El niño Dios caminando en el vientre de la Sma. Virgen de Nazareth a Belén, nos enseña la pobreza, la castidad y la obediencia... y el Niño Dios funda su escuela sin tener en qué poner su inocente cabeza, ni en qué envolverlo tiene la Sma. Virgen para resguardarlo del frío" (Ejercicios a las Congregantes, 1896).

Apoyados en el amor de Cristo Esposo, no se ponen límites a la entrega. El seguimiento es por amor y, por tanto, de totalidad:

"Vamos a decir las exigencias de este Buen Amo y cómo se nos harán fáciles... Dios quiere que jamás pongamos límites a nuestra consagración... Dios quiere que seáis como los corderos que obedecen siempre igualmente a su pastor" (Reforma, 25 marzo 1895).

No es la renuncia en sí misma la que cuenta, sino el haber seguido a Cristo Esposo. Entonces la renuncia no tiene rebajas, como el amor:

..."yo que renuncié todo eso por seguir a Cristo" (Ejercicios a las Congregantes, 1893).

Precisamente la meditación de Cristo Rey (y de toda la vida del Señor) es una invitación a este seguimiento incondicional y sponsal:

"Cristo es nuestro Rey, porque es Dios... Pues nosotros somos de la plana mayor del Rey... Composición de lugar: Ver a nuestro Caudillo, a nuestro Rey, nacido en Belén, en su casa de Nazareth o en su vida pública... nos vamos a imitarlo... para que le sigamos. Somos de la milicia de Cristo, somos su ejército distinguido, su plana mayor, y por lo mismo El como capitán nos ha dado tres armas que son pobreza, castidad y obediencia; nosotras hemos dejado todo para seguirlo... lo hemos dejado todo, y es cierto, así ha sido. ¿Qué es esto en comparación de lo que El ha hecho? Y todo por nosotros... El se hizo hombre y por nuestro amor. La alteza infinita por la bajeza suma... nos da ejemplo de pobreza... Cuando ya pudo trabajar todo el día estaba ayudando a su padre (describe trabajos de Nazaret)... Cuando se llegó el tiempo de darse a conocer, desde entonces no tuvo casa, dormía donde le cogía la noche... escogió una Madre Inmaculada" (Ejercicios a las Congregantes, 1893).

El hecho de presentar el seguimiento de Cristo a la luz de su amor, invita a hacerlo todo por su amor:

"Es necesario estar en la comunidad como hija, no como criada; es decir, *hacerlo todo por amor*... Ya consagradas a Dios, no ha de haber gustos particulares, sino ofrecerse como víctima consagrada a Dios en holocausto, y esto diariamente" (Ejercicios a las Congregantes, 1894)

B) El sentido esponsal de los votos

Repetidas veces, el P. José Antonio expone los contenidos de los consejos evangélicos (profesados con votos en la vida religiosa). Las tres virtudes de castidad, pobreza y obediencia (profesadas con votos), unen a Cristo crucificado:

"Estos son los tres clavos con que nos hemos de crucificar, y bajo estas tres virtudes hemos de estar siempre sometidos" (Ejercicios a las Congregantes, 1893).

Aunque detalle las exigencias, para no engañar a nadie, expone principalmente la dimensión del amor de Cristo y a Cristo:

"No se guarda la castidad, sino sometiéndonos todos a Jesucristo para sufrir cuantos males disponga que suframos" (Ejercicios a las Congregantes, 1893).

"La castidad tiene que estar necesariamente unida a la humildad, a la prudencia y mortificación... Es necesario estar en la comunidad como hija, no como esclava; es decir, hacerlo todo por amor" (Ejercicios a las Congregantes, 1894).

Este amor del Señor es exigente, "celoso", como reclamando la renuncia a todo amor que le quisiera suplantar:

"Dios es muy celoso, y no quiere que reinen en un corazón que se lo han entregado todo entero, no quiere, no puede soportar que reinen con él dos amores" (Ejercicios a las Congregantes, Novicias, 1897).

La vida consagrada está relacionada con el bautismo, en el sentido de llevar a su cumplimiento la perfección exigida por el bautismo, ahora por medio de los votos:

"El primer lazo entre el alma y Dios fue formado en el Bautismo... les ha parecido a algunas almas que les conviene por el consejo de Jesucristo, ligarse de nuevo a Dios, y han hecho con El un nuevo contrato que las fuerza a ser totalmente de Dios; las palabras de este nuevo contrato, dictadas por la Iglesia, intérprete de la voluntad de Jesucristo y garantía de sus promesas son: Los tres votos de Religión... Vosotras no os habéis reservado nada. El no se reserva nada. Vosotras os habéis dado todas a El. El se da todo a vosotras... Dios os da sus goces... Nos los da al pie del tabernáculo donde se muestra más tierno, más afectuoso, más comunicativo. Nos los da en los mismos sufrimientos... porque nos asemejan a Jesús y llegamos hasta desearlos" (Reforma n.5, 17 marzo 1895).

La práctica de los consejos en la vida consagrada se concreta en la imitación de la vida del Señor. Aunque esta imitación parezca difícil, en realidad, "nada hay más fácil y sencillo" (Meditación n.24). Esto tiene aplicación, de modo especial, a la vida de pobreza:

"La vida de nuestro Divino Redentor, toda fue un perfecto

modelo de pobreza... pues nació en un pesebre y murió en una cruz... En la vida religiosa es lo más necesario, porque va unida a la humildad" (Meditación n.24).

C) La consagración para la misión de salvar almas

Seguir a Cristo esponsalmente incluye el comprometerse a hacerle conocer y amar, es decir, incluye la misión de salvar las almas redimidas por Cristo. Al imitar a Cristo, camino, verdad y vida, la religiosa se hace testimonio de este caminar con Cristo (cfr. Ejercicios a las Congregantes, 1893). Al observar las carencias en la educación de la juventud de entonces, el P. José Antonio no puede menos de hacer un llamado apremiante: "pierde mucho Cristo" (ibídem).

Al amor y llamada de Cristo Esposo se debe responder con un "sí" generoso, para comprometerse en el camino de la santidad y de la misión. Entonces se sigue a Cristo y se anuncia su persona y su mensaje:

"El habla como amante, como amigo al oído... Decid: Habla, Señor, que tu sierva escucha... Vuestra misión es la de los Apóstoles, moralizar a los pueblos y hacerlos cristianos" (Ejercicios a las Congregantes, 1896),

"Nuestra misión es la misma de los Apóstoles: enseñar a conocer y amar a Jesucristo... porque Dios no nos mandó a enseñar... sino la virtud, a Jesucristo. Se nos han confiado las almas y tenemos que salvarlas" (Crónica de la Congregación, diciembre 1893).

El ejemplo de Magdalena es aleccionador; ella une al seguimiento incondicional, la misión que Cristo le confió al resucitar. El P. José Antonio lo resume así:

"Se despoja de sus galas luego que conoce a Cristo... oyendo que decía que El venía por la oveja extraviada... dijo: eso sí me toca a mí... se va a buscar aquel hombre que le ha apasionado... Sigue a Cristo siempre... apenas sus ardientes ojos se fijan en Cristo y se arroja a sus pies... ya no tenía, ni quería más que a Jesús. Lo siguió y lo siguió al Calvario... sube Jesús al cielo y ella se queda convirtiendo a los hombres en prueba de su amor" (Ejercicios a las Congregantes, 1896).

El amor a Cristo Esposo (Rey) da sentido al apostolado. Mirando su amor y sacrífico, se relativizan los propios sacrificios:

"Quiere que de esas niñas forméis soldados... a que después vayan ellas en diversas circunstancias a extender ese reino de Dios, ya de madres, ya de hijas, ya de esposas... Van a esos pueblos, van a esas ciudades, a pelear por Cristo... La peor parte le toca al Capitán. A ver, quién de Vds. ha andado más desnuda que Cristo, quién ha padecido más hambre o sed que El, quién ha sido crucificada?" (Ejercicios a las Congregantes, 1896).

"Jesucristo (está) buscando quién le ayude a enseñar la doctrina cristiana" (Ejercicios a las Congregantes, 1896).

Los sacrificios que se presentan en la vida consagrada y en la misión de salvar almas, son una invitación de Cristo Esposo para compartir su misma suerte:

"Por el amor a los hombres se iba a entregar voluntariamente a muerte para salvarlos, para redimirlos... Y vosotras que queréis seguir a Cristo... Tú que quieres seguir a Cristo en la salvación de las almas por medio del estado religioso, no has de imitar los ejemplos de humildad que a cada paso de su vida ejercitó?... Sube hasta la cumbre del Calvario llevando sobre sus hombros la pesadísima cruz donde ha de consumir el heroico sacrificio de su vida para redimir el género humano... Jesucristo callado como el manso cordero que llevan al matadero... implora de su Eterno Padre, para ellos, el perdón" (Ejercicios a las Congregantes, Novicias, 1897).

"Si Jesucristo tuvo que sacrificarse hasta morir en la cruz, siendo Dios, ¿cuánto más nosotros que somos débiles? Así es que, para hacer bien en las almas se necesita... sacrificar cuanto hay" (Ejercicios a las Congregantes, 1888).

El celo apostólico que el P. José Antonio auguraba para sus hijas espirituales, era el que corresponde a la misión confiada por Cristo a los Apóstoles:

"Nos vamos a preparar a nuestra misión, que es la misma de Cristo, como El, su Madre y San José se prepararon, haciendo todo por Dios" (Ejercicios a las Congregantes, 1896).

Por esto, las almas siguen costando el mismo precio que costaron a Cristo y a María:

"No sólo vale (el alma) porque es imagen de Dios, sino porque está rescatada con la sangre de un hombre Dios, cuya sangre vale más que todas las joyas del mundo... buscar y salvar almas es recoger la sangre de Cristo que se está perdiendo" (Meditaciones, n.14).

"Los Apóstoles tuvieron que sufrir muchas persecuciones, pues lo mismo nosotros... porque nuestro Caudillo y Jefe va delante y El es de la mayor carga. Alcanzados, Señor, que no nos fijemos en dificultades, sino que con ánimo y valor vayamos por todo el mundo a enseñar la fe cristiana" (Ejercicios a las Congregantes, 1893).

"No se nos hagan pesados cuantos sacrificios tengamos que hacer a trueque de salvar esas almas confiadas a nuestros cuidados; pues Dios y la Sma. Virgen no los rehusaron" (Ejercicios a las Congregantes, 1896).

Como Jesucristo pagó tributo por San Pedro, así "tenemos que pagar tributo por nosotros y por todos aquellos que nos han sido confiados" (Meditación n.37).

D) Vida eucarística. Esposo de sangre

En la Eucaristía, la persona consagrada aprende los amores de Cristo, Esposo de sangre, por haberla derramado toda por la esposa y por toda la humanidad:

"Pero cuando se trata de la Majestad Sacramentada, quiere lo mejor... ¿Cuál deberá ser el tapiz de una alma religiosa?... la religiosa que de veras quiere ser como su Esposo, va con gusto, con regocijo, con ansia a los trabajos, a las penas, a las amarguras... Jesucristo postrado a los pies de todos nos enseña la humildad... le han de haber caído a Judas las lágrimas calientes de Jesús... Se queda vivo con ellos aunque ya lo iban a crucificar... Cuánta humildad, verdad? Si atendemos a los adornos, nada hay más pobre que sus Sagrarios... Ya veis cómo este sacramento es un compendio de todas las virtudes? Ya veis cómo aquí están todas las enseñanzas que había dado Cristo durante su vida?" (Ejercicios a las Congregantes, 1896).

Las escenas de la pasión deben enamorar a la esposa, haciéndola disponible para seguir al Esposo por el mismo camino:

"Vengo yo a ponerlos delante a vuestro General, vuestro Rey, vuestro Esposo... expirando por fin por vuestro amor... Todas esas congojas las padeció Cristo cuando se le presentó de golpe cuanto iba a padecer... pero no se dejó dominar por aquellos afectos; recurrió a la oración... no se desalentó por nada... orar... es considerar a Cristo sufriendo para que nos ayude a sufrir. Sale Cristo del huerto para probar que va a padecer nomás porque quiere, por solo el amor de los hombres" (Ejercicios a las Congregantes, 1896).

El crucifijo que lleva la religiosa es un signo de su propia vida, ligada a la vida de Cristo que murió por ella y por todos:

"Pues una religiosa que lleva en su pecho a su Esposo crucificado, si no vive como El, de nada le sirve el traerlo pendiente, y para eso lo trae, para que lo estudie, lo medite, y viva y muera conforme a El" (Ejercicios a las Congregantes, 1896).

El único premio del sufrimiento y de la misión es el mismo Cristo. El mejor premio es compartir su misma vida:

"Id a padecer, a morir por Cristo, que ya el vendrá a recompensaros... Ya estáis con Jesús en el monte Olivete; ya pasaron esas preciosas horas de conversación grata con el Esposo de vuestras almas... El vendrá a daros el premio que os habéis ganado... id, id pronto a enseñar con vuestro ejemplo y palabra, que no acompañáis a Cristo en el Tabor, sino que también en el Calvario sabéis hacerle compañía" (Ejercicios a las Congregantes, 1896).

Las humillaciones y los sacrificios se redimensionan a la luz del amor de Cristo y a Cristo. La esposa corre la suerte del Esposo, y quiere imitarle en sus actitudes salvíficas:

"Al querer ser esposa de Jesucristo tienen que pasar por muchísimas humillaciones... tomad la cruz que os envía y seguidle" (Ejercicios a las Congregantes, Novicias, 1897).

"Nos da ejemplo y lección de cómo deben ser las religiosas verdaderamente religiosas y Esposas de aquél que nunca hizo su propia voluntad, de aquel que toda su vida fue un continuo sacrificio... Seguid el ejemplo que El os da siendo todo un Dios, llevad vuestra cruz y subid al Calvario... para ofrecerle allí a vuestro Esposo vuestros trabajos... En premio de que lo habéis seguido fielmente por el camino trazado por El mismo... llenas de alegría celebraréis vuestros desposorios con El, que es lo que a todas os deseo" (Ejercicios a las Congregantes, Novicias, 1897).

E) Compartir la vida con Cristo

Compartir la vida con Cristo es una cuestión de enamoramiento. Quien se fía del Señor, lo encontrará siempre a su lado:

"A estos soldados amantes de su Rey, les promete que nada les faltará" (Ejercicios a las Congregantes, Novicias, 1897).

Cristo Esposo vivió en pobreza, destierro y vida oculta. Ahora llama a seguirle en esa soledad llena de él. Las esposas del Cordero, le siguen a donde quiere que él va (Apoc 14,4):

"Venís a seguir la vida religiosa, es decir, ... a perfeccionarse para haceros dignas esposas de Cristo... han abandonado el mundo para seguir a su Esposo en la vida religiosa... el mismo Cristo de quien vosotras queréis, pretendéis y deseáis ser esposas... Y vosotras que queréis seguir aquel Niño en su oficio de Salvador y de Apóstol?... (señala defectos por corregir) ¿Son esas las salvadoras de almas? ¿Este es el modo de seguir a Jesucristo?... Angeles en carne humana, entonces sí que salvaréis muchísimas almas... dignas del nombre de religiosas y Esposas de Cristo... Así es que no sois, ni seréis dignas de ser Esposas del Cordero, ni de tener parte en su gloria, porque sólo tiene parte en su gloria aquél que tomando su cruz le sigue... y entonces sí mereceréis que venga vuestro celestial Esposo, todo lleno de majestad y gloria a conducirlos y abriros las puertas del reino celestial" (Ejercicios a las Congregantes, Novicias, 1897).

El desposorio con Cristo supone vivir de su misma vida, de su modo de pensar, sentir, amar, obrar, al estilo de San Pablo (cfr. Gal 2,20):

"Aspirar a Dios par unirse a El, es poder decir como San Pablo: Ya no soy yo quien vivo, sino Jesucristo quien vive en mí... ellos (los del mundo) y la Iglesia os dicen Esposas de Jesucristo... Ella no tiene más que un pensamiento, el de Jesucristo, su divino Esposo, y su imagen crucificada la tiene siempre delante de sus ojos... Ella no tiene más que una ciencia, la ciencia de

Jesucristo; su escuela es el tabernáculo, cerca del cual va a arrodillarse y a orar lo más que puede; su libro es el Crucifijo que ella tiene en sus manos cuando está sola orando... para ver, pensar y juzgar como Jesucristo y como sus Superiores que tienen el lugar de Dios... Ella no tiene más que un deseo, el de asemejarse a Jesucristo su Esposo; de aquí esta pregunta que se hace frecuentemente: ¿Jesucristo obraría de esta manera?... Ella no tiene más que un blanco, el de inmolarse con su Esposo Jesucristo... así quiere ella ser víctima como lo fue Jesucristo, víctima por la salud del mundo... caritativa, hasta sacrificar su reposo, su salud, hasta su misma vida, como lo hizo Jesucristo por ser útil a las almas o al cuerpo de su prójimo" (Reforma, n.12, 14 julio 1895).

La elección está hecha y ya no se vuelve atrás. El programado está trazado: la misma vida de Cristo, según la meditación de las dos banderas:

"Jesucristo manda que le sigamos por el camino que El ha andado, que es el del sacrificio y abnegación de su propia voluntad... para que salgáis verdaderamente Religiosas y Esposas de Cristo" (Ejercicios a las Congregantes, Novicias, 1897).

Querer pertenecer verdaderamente a Cristo, sin anteponer nada ni nadie a su amor, es el tercer grado de humildad, es decir, la decisión de llegar a la perfección, arriesgándolo todo por este ideal:

"Estamos obligadas a hacer lo posible para alcanzarlo si queremos verdaderamente a Jesucristo" (Ejercicios a las Congregantes, Novicias, 1897).

F) Ser transparencia de Cristo Esposo

El P. José Antonio usa una hermosa comparación para exponer el significado de la vida consagrada, en su línea de desposorio. Sería bueno leer todo el texto de la meditación (de la que sólo entresacamos unas frases), para captar todo el contexto. De hecho, va analizando detalles de la vida consagrada para aprender a "morir" a todo lo que no sea amor, es decir, decidirse a ser sólo transparencia de Cristo en la vida ordinaria de todos los días:

"Todas están haciendo la Sábana para envolver a Jesucristo, pero esta Sábana ha de ser como aquella, que se transparente el cuerpo de Jesucristo, es decir, que la religiosa ha de tener en todo a Jesucristo, pero sin que se vea nada más que se transparente... Amadas hijas mías, importa mucho que tengamos a Jesucristo, pero a Jesucristo envuelto, es decir, que toda virtud ha de ser interior, así como cuando se guarda una esencia, sale el olor sin necesidad de sacarla, así la virtud, sin necesidad de andarla demostrando, sale afuera y esto es lo que debemos hacer; penetrarnos bien de la virtud para que se vea en todas nuestras acciones a Jesucristo N. Divino Redentor" (Meditaciones, n.7).

Esta misma comparación de la santa sábana que envolvió al

Señor, le sirve para indicar el valor de la vida comunitaria y de la acción misionera realizada conjuntamente por toda la Congregación:

"Si cada una quiere hacer su sabanita para envolver a Jesucristo, puede hacerla, pero la grande es la que entre todas las congregantes han de hacer; así como unas están en Jacona, otras en el Asilo, otras en el noviciado, y todas téjele y téjele... unas son para una cosa, otras para otra" (Meditaciones, n.7).

Esto significa que la persona consagrada tiene a Jesús en su mente, en su corazón, en sus manos, en toda su vida:

"Una religiosa debe tener la imagen de Jesucristo grabada en todas sus acciones, en sus palabras y en sus pensamientos... Las religiosas están nombradas para seguir al Cordero donde vaya" (Ejercicios a las Congregantes, meditaciones, 1891).

El hecho de haber seguido a Cristo, camino, verdad y vida, se convierte en transparencia e instrumento para que otros encuentren al Señor por medio de las personas consagradas:

"Así como Jesús es el camino, la verdad y la vida y el modelo de nosotros, también nosotros debemos ser el camino que conduzca al cielo, la verdad que muestre el cielo, y el modelo para ir al cielo; esto debemos ser para los demás... Jesús no busca sino la gloria de su Padre" (Ejercicios a las Congregantes, 1893).

La parábola evangélica de las vírgenes con su lámpara, glosada al estilo del P. José Antonio, recobra el colorido que Cristo le daría al explicarla por primera vez. La luz de la lámpara era "para poder conocer al Esposo y no recibir a otro":

"El Esposo es Cristo y Vds las vírgenes... mientras estamos aquí arrinconamos la lamparita, y a la llegada del Esposo, por ahí vamos con nuestra lamparita llena de cochambre, mechuda, sucia, la luz chiquitina y amarilla, lleno el aceite de moscas; con esa luz no distinguimos a Cristo, no conocemos al Esposo... nos encontramos un Santo Cristo y como la lámpara no alumbraba, creemos que es un fantasma... ¿A cuántas hallaría serenas y tranquilas? ¿Cuántas al saber que viene el Esposo dirían: que pase, estoy donde El me ha puesto? ¿que pase porque estoy cumpliendo mi deber?... Con la lámpara bien preparada, dondequiera veremos a Cristo" (Tercer retiro de 1897).

A la luz del amor de Cristo Esposo, las virtudes de la vida consagrada se concretan así:

"Estas cinco palabras encierran las obligaciones de la vida religiosa: AMAR, COMBATIR, SUFRIR, ORAR, OBEDECER. La principal obligación de una religiosa es amar a Dios y al prójimo" (Reforma n.4).

Pero todas las "exigencias de este buen Amo", con el amor "se nos harán fáciles". Por esto, "jamás pongamos límites a nuestra consagración" (Reforma n.7). La actitud relacional con Cristo se concreta en una expresión que indica una presencia

habitual de Dios: "Advertidme, ¡oh Buen Jesús! cuando esté en el momento de faltar al silencio, a la modesta, al recogimiento"... (Reforma n.8).

Toda la vida consagrada es desposorio con Cristo. Todo pasa; sólo queda el amor a Cristo y a los hermanos con él y por él. Falta sólo el último momento, el último "sí" esponsal, que se ensaya todos los días en la vida ordinaria de consagración y misión:

"Muerte preciosa de una buena religiosa... sabe que muriendo va al lado de su divino Esposo" (Ejercicios a las Congregantes, 1893).

3. Resumen del sentido cristológico de la vida consagrada

La vida consagrada (en la línea sacerdotal o también por la profesión de los consejos evangélicos), tiene, en las vivencias y en los escritos del P. José Antonio, sentido esponsal de profunda amistad con el Señor. Por este desposorio con Cristo, la propia vida debe reflejar la vida, pasión y resurrección del Señor. Así lo vivió él desde su ordenación sacerdotal (que él llama consagración) y así lo quiso transmitir a las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe. Su propia consagración se hizo actitud martirial, como la del Buen Pastor que "amó a la Iglesia hasta dar la vida por ella" (Ef 5,25).

Toda la vida del P. José Antonio, hasta el último momento, está orientada hacia el cumplimiento de la voluntad de Dios, como fidelidad a su consagración total a Cristo y en sintonía con los sentimientos de Cristo. Su propósitos de relación con Cristo, de imitación de sus virtudes y de puesta en práctica de los medios concretos de espiritualidad, tenían este sentido de fidelidad al amor, como consecuencia de haber celebrado "las bodas con la esposa del Cordero" (Ejercicios, 1877):

"Debo amar y servir a Dios cumpliendo fielmente con mi ministerio sacerdotal y en el desempeño de las obras que me han encomendado... ¿Qué te daré, oh Señor, en cambio de tanto, tanto como me has dado?... no desear otra clase de muerte, sino es la que Dios me mande. Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía" (Ejercicios, 1888).

La vocación, como llamada, es una declaración de amor por parte de Cristo Esposo. Especialmente en la vida consagrada, tiene sentido de desposorio con él. Es, pues, una llamada comprometida, aprendida en los momentos de desprendimiento y dolor (y, a veces, de martirio), cuando Cristo deja sentir su presencia de Esposo. Los sacrificios y renunciaciones sólo tienen sentido a la luz del amor de Cristo y a Cristo. La vida comunitaria expresa la caridad de Cristo presente en medio de los hermanos (cfr. Mt 18,20).

Los votos tienen este mismo sentido, de ratificar una entrega a Cristo Esposo, para vivir como él una vida de castidad, pobreza y obediencia, que hace más expedito el camino de santidad y dispone a la persona llamada a participar y prolongar la misma misión salvadora de Cristo. Es compartir su misma vida y destino. La fecundidad del desposorio con Cristo se demuestra en la disponibilidad para colaborar en sus planes de

salvación.

Cristo Esposo ha dejado un signo especial de su presencia, de su donación sacrificial y de su comunicación. Se trata de la Eucaristía, que recuerda su amor de totalidad hasta derramar toda su sangre por su esposa. Compartir la misma vida de Cristo, tiene, pues, sentido sponsal, que no admite rebajas en la entrega ni límites en la misión. Con la comparación de la Santa Sábana, el P. José Antonio afirma que la persona consagrada es una transparencia de Cristo, como si todos los demás ("las almas") tuvieran el derecho de encontrar en ella la visibilidad del Señor.

La vida consagrada, como desposorio con Cristo, se concreta en relación personal con él, imitación de sus virtudes, compartir su misma vida, transformación en él, sintonía de intereses o de amores, alegría de pertenecer totalmente a él, vida fraterna (comunitaria) como signo de la presencia del Señor. Es consagración o entrega, que, por ser tal, se convierte en participación de la misma misión de Cristo.

La referencia a María es para invitar a imitarla y a vivir su presencia y cercanía. Junto a la cruz, ella es modelo y ayuda de asociación sponsal a Cristo Redentor. Con ella, la persona consagrada conserva la lámpara encendida para la venida definitiva del Esposo.

LINEAS CONCLUSIVAS: Los trazos cristológicos más relevantes en la vivencia y enseñanzas del P. José Antonio

Jesucristo, que llama por amor, que envía para completar su misión y que acompaña esponsalmente, son *los trazos más relevantes que fundamentan la vivencia cristológica del P. José Antonio Plancarte y Labastida*. Esa vivencia se concreta en una *relación interpersonal*, como de quien se siente siempre amado y acompañado por Cristo, y dispuesto a *imitarlo, seguirlo, entregándose a él*, para compartir su misma vida y misión. *María, Madre de Jesús y nuestra*, es ayuda y modelo de esta vivencia cristológica.

En los escritos del P. José Antonio, hay expresiones que resumen su actitud habitual de *relación íntima*. La presencia del Señor da sentido a la propia vida.:

"Tenerlo continuamente delante de los ojos y ver a menudo su sagrada imagen" (Ejercicios, 1877). "Tenerlo presente siempre en mis trabajos" (Ejercicios, 1894).

En realidad, él se proponía lograr una "oración continua" (Ejercicios, 1877). Para ello, además del ejercicio de la presencia de Dios, intentaba seguir "el ejemplo de Cristo, retirándose a un lugar solitario y meditando" (Ejercicios, 1863).

Al estilo de los santos de todas las épocas, el P. José Antonio se decide a *imitar la vida del Señor*:

"Haré por imitar a Jesucristo mi Salvador" (Ejercicios, 1863); "con las meditaciones de la vida de Cristo, me vinieron grandes deseos de imitarlo en todo... entregarme enteramente a la voluntad de Cristo" (ibídem).

Es siempre imitación de Cristo pobre, obediente, casto, manso, humilde: "Debo seguir el ejemplo de Cristo... oración que imite y estudie a mi Jesús" (Ejercicios, 1863). "Concédeme ¡oh divino y amadísimo Jesús! que yo sea fiel imitador tuyo en este mundo" (ibídem). "Jesús nació dándonos ejemplo de humildad, de pobreza y de penitencia... Yo debo imitar en estas tres virtudes a mi Señor" (Ejercicios, 1872). "La santidad del sacerdote debe ser basada en la imitación de Jesucristo" (1877). Es la imitación de la misma vida evangélica del Señor: "Viviré pobremente y no me quejaré de mi suerte... por imitar a Jesucristo mi Salvador" (Ejercicios, 1863). "Yo lo acepté, alistarme en la milicia del Rey... Debo imitar a mi Señor Jesucristo; tengo obligación de copiarlo; a esto me he comprometido siendo sacerdote del Altísimo" (Ejercicios 1894).

Como fiel "imitador de Jesucristo", se propuso siempre adoptar una actitud permanente de obediencia: "Recordaré esto cuando me manden cosas difíciles que me desagradan" (Ejercicios, 1894). Es la actitud que demostró siempre respecto a sus superiores, especialmente en los momentos de dificultad. Amar a Cristo equivalía, para él, a *amar a la Iglesia*.

Imitar a Jesucristo significa *entregarse totalmente a él*, vivir de sus sentimientos respecto al Padre, en el Espíritu Santo, y vivir para prolongar su misma misión. La relación e imitación se convierten, pues, en entrega incondicional, que no

antepone nada a Cristo:

"Tuyo soy, todo tuyo, y nada más que tuyo" (Ejercicios, 1888). "Así, Jesús, mío, concédeme tal olvido de mí, que mi querer sea tuyo y sólo para Ti... No soy yo quien quiero, quien en mí quiere es Dios" (final de Ejercicios, 1894).

En las meditaciones se hace resaltar el misterio de la Encarnación del Verbo (Anunciación, infancia...), así como de la pasión, muerte y resurrección. Pero estas realidades salvíficas se contemplan para hacerlas vida propia, tanto en la celebración eucarística como en el propio trabajo.

La *Eucaristía* y la meditación de la Palabra, son el centro de la vida del P. José Antonio. Su propósito permanente, de "visitar al Santísimo diariamente" (Ejercicios, 1888), corre a la par con el de hacer diariamente la meditación: "Haré meditación todos los días" (Ejercicios, 1869). "Desgraciado seré el día en que pase sin media hora de meditación" (Ejercicios, 1872). "Sin meditación se pierde el sacerdote" (Ejercicios, 1877).

A la celebración eucarística precedía siempre la "preparación" y seguía la "acción de gracias" (Ejercicios, 1877). De este modo se comprometía a celebrar siempre "con un alma perfectamente limpia y con la debida preparación" (Ejercicios, 1869).

Esta vivencia cristológica fundamentaba su amor apasionado por *Cristo crucificado*, fuente de confianza y de valor para superar las propias limitaciones y las dificultades de la vida. Su amor a Cristo en la cruz, era algo muy profundo aprendido de su madre:

"Los coloco (mis propósitos) en la llaga de tu Santísimo Costado, lugar donde siempre me colocaba mi amada madre (q.e.p.d.) y del cual no quiero salir hasta no juntarme con ella en el cielo para amarte y bendecirte eternamente. Amén" (Ejercicios, 1888).

Es una actitud que se remonta al momento de decidirse para ordenarse sacerdote: "Te lo pido por vuestras cinco llagas sacratísimas... acercarme a ofrecer tu preciosísima sangre... y reconociendo el camino que me marcaste con tu sangre" (Ejercicios, 1863).

La relación e imitación de Cristo, se concreta en el *seguimiento evangélico* radical: "No he tenido la menor duda de seguir tus huellas" (Ejercicios, 1864). Esta línea de seguimiento la irá recordando durante toda su vida: "Tú me diste esta mira y deseo" (1863). "Me consagré a El, con los votos de pobreza, castidad y obediencia" (1869). "La consagración que hace once años y siete meses hice con todo fervor" (Ejercicios, 1877). "No tengo que escoger. Alistado estoy bajo juramento... me armaré de valor; estaré vigilante y con el ejemplo de mi Rey, triunfaré" (Ejercicios, 1888). A sus hijas espirituales les recordaba siempre que este seguimiento era esponsal: *consagrarse a Cristo Esposo*.

Cristo es "alguien", "amadísimo" y "divino", de quien ya

no se puede prescindir; es el "Maestro", el "Salvador" (Ejercicios, 1863). En los textos que hemos analizado aparece el Señor como verdadero Dios (Hijo de Dios), verdadero hombre (hermano nuestro) y único Salvador. La actitud personal ante esta realidad de fe, es la de saberse llamado por Cristo, enviado y acompañado por él, como su instrumento vivo y responsable, puesto que el Señor quiere salvar al mundo por medio de sus seguidores.

Estas mismas son las *líneas cristológicas* proclamadas y enseñadas por los Santos Padres y por el magisterio eclesial de todos los tiempos, aunque con matices peculiares en cada figura histórica. El P. José Antonio se dirige a Cristo (Dios, hombre, Salvador) considerándose: "ministro tuyo y de la Iglesia" (Ejercicios, 1863). Es el servidor fiel, que está dispuesto a compartir su misma vida y a correr su misma suerte. "Yo sí quiero, lo deseo ardientemente seguir a Cristo" (Ejercicios, 1888).

La identidad cristológica del P. José Antonio se podría resumir con estas sencillas palabras, que son un programa de vida para todo cristiano y, de modo especial, para todo sacerdote y persona consagrada: *no anteponer nada al amor de Cristo.*

Cristo llama, envía y acompaña. Su identidad de Hijo de Dios hecho hombre y Salvador, resucitado y presente entre nosotros, fundamenta nuestra propia identidad y nos capacita para responder generosamente a su llamada misionera, compartiendo su misma vida y destino.

Nota bibliográfica

Fuentes documentales estudiadas: Escritos Espirituales (Inéditos: cfr. Archivo General de la Congregación de las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe:

- Diario (1856-1883), vol. 1-8 (pp.1429)
- Ejercicios Espirituales (practicados por el Pbro. José Antonio Plancarte y Labastida)
- Examen de propósitos (1876)
- Ejercicios Espirituales (1893-1897: dirigidos a las HHMIG)
- Ejercicios Espirituales (1891, dirigidos a las HHMIG)
- Sermones (1866-1885)
- Sermones (1884-1894)
- Discursos (1857-1897)
- Meditaciones (1888-1897)
- Meditaciones (1891)
- Retiros Espirituales (1897)
- Oraciones (1865-1897)
- Oraciones (sin fecha)
- Reformas (1894-1895)
- Testamento Espiritual (1883)

Otros escritos inéditos:

Correspondencia emitida (3972 cartas)

Publicaciones consultadas:

L.Mª AGUIRRE RAMIREZ, Síntesis de su vida (México 1982).

J. ESQUERDA BIFET, Seguirán tus huellas. La figura sacerdotal de José Antonio Plancarte y Labastida (1840-1898), México 1993.

Idem, Seguiré caminando por el desierto. 27 Ejercicios Espirituales del P. José Antonio Plancarte y Labastida, México 1998.

A. TAPIA MENDEZ, José Antonio Plancarte y Labastida, Profeta y Mártir, México, Edit. Tradición 1987.

J.G. TREVIÑO, Antonio Plancarte y Labastida, Abad de Guadalupe, México 1948.

F. PLANCARTE Y NAVARRETE, Antonio Plancarte y Labastida, México

1914.

M^aC. VALENZUELA SORIA, José Antonio Plancarte y Labastida,
modelo de jóvenes cristianos (Morelia 1988).